

EL CUADERNO DE MAYRA

de Marco Antonio de la

Parra

Día Uno

¿Por qué lo hiciste? Me preguntó eso mi madre. ¿Cómo se te fue a ocurrir? Mi padre. Todos. ¿Por qué no resultó? Eso me pregunté yo. Demasiadas poesías. Yo lo que quería era morirme. Demasiadas poesías, quizá. Mi padre dice que tal vez todo haya sido por leer demasiadas poesías. Quizá eso me enredó el corazón, eso me hizo andar sollozando por los rincones. Perdí el eje, las ganas de vivir, vivir no más se volvió un lastre. El corazón se me convirtió en una piedra que pesaba toneladas. Mi madre se rió de mí. Me dijo que yo era una sentimental como mi padre. Yo le dije algo, no me acuerdo qué le dije. De casi nada me acuerdo. En mi pobre cabeza hueca de pájaro mal enjaulado solo siento graznidos, el eco de un montón de sueños desnutridos. Debe ser el tratamiento, la cura de sueño, lo que me pongan en las venas. Gota a gota cae. Una especie de lluvia privada que veo fluir por el tubo de plástico hacia el pliegue del codo. La enfermera que me mira, el baño sin pestillo, me vigilan. Retorcería la manguera, me arrancaría la aguja que abre mi piel y me hace afluyente de ese río. Dicen que curará esta idea loca de morirme. Hoy me parece loco estar viva. Por eso

me vigilan. La Mary que viene de día y es buena como el sol y la Olga que viene de noche y tiene las mandíbulas de un rottweiler y los ojos verdes de una pantera. Ella me da miedo. La Mary no. La Mary es cariñosa, sé que le pagan por esto pero es cariñosa. Yo quisiera que Mamá fuera así. A lo mejor es así también con sus clientes. Quizás siempre es buena y yo no la entiendo. Me lo han dicho en el colegio: sus papás que son tan buenos. Pero dicen mi papá y no es mi papá. El que va a las reuniones es Gonzalo, que vive con mi madre. Mi papá de verdad pinta y no es bueno. Dicen que está loco, que tiene la cabeza como un fuelle. Yo heredé su cabeza estropeada, el salón de artes de la locura. Anda siempre desastrado, yo misma le sacudo el abrigo, a veces me da hasta vergüenza, parece un vagabundo, tiene manchados los pantalones con pintura. Me siento como mi madre, corriéndole, corriéndome. May, me dice, pero me llamo Mayra. Alguien me cambió el nombre, quizá yo misma, de pequeña. Mi padre me dice Mayra, me mira a los ojos con esa misma mirada oscura que heredé. A veces le va bien, a veces le va mal. Mamá es tremenda, alta como yo, huesuda como yo, narigona como yo. Se viste como una reina, escucho el taconeo de sus pasos en el pasillo de la clínica. Una vez me encontraron tirada, con los músculos tensos, los dientes trabados, gemía mientras la

sangre salía de mis heridas. Con un punzón había marcado en mis brazos una especie de castigo secreto. Digo esto sin acordarme mucho de nada. O poco de todo. Las palabras, papá, estoy revuelta de palabras. Cuando desperté ví a mi madre, Isabel la Grande, con el doctor Simone. Los dos a contraluz. Era otra clínica. Era la unidad de cuidados intensivos y yo estaba llena de mangueras, salían y entraban de mi cuerpo tubos y drenajes. Sonaba mi corazón como un silbato. Igual como ví morir a la prima Luciana y al tío Eustaquio. Como he visto a tanta gente quejarse. Los oí todas esas noches detrás de las cortinas entre el parpadeo de sapos electrónicos de los monitores. Mi corazón diciéndome en el pulso de esa línea verde: estás viva, Mayra, estás viva, Mayra. ¿Por qué lo hiciste, May? Mi madre me dice May. No me llamo May. Lloré. Ella creyó que de pena, yo estaba llorando de rabia. Me trajeron acá porque determinaron que estaba loca. Yo pensaba que vivir era estar loca. El doctor Simone lo sabía. Con el punzón y las cinco cajas de Nastizol fui a su consulta. Sintió que estaba bien. Le mentí. Me preguntó si tenía menos angustia. No le mentí. Tenía menos angustia porque iba a matarme saliendo de ahí. Escogí mi casa y eso fue una tontería. ¿Por qué no en la calle? ¿O un cine de barrio? ¿O una plaza? Me tragué las píldoras y me marqué mareada los brazos hasta abrirme las venas.

¿Por qué, Mayra? El doctor Simone en la clínica. No debí haberle contestado siquiera. Dicen que estaba loca. Estaba más cuerda que nunca. No se puede vivir así, sintiendo ese dolor que no es tuyo en el pecho, en los hombros, en los brazos. Ese dolor sin tema, ese dolor que es como una pantalla en blanco. El tratamiento me revuelve la memoria. Me llamo Mayra. Ni May ni María ni Mary. Yo no soy precisamente una virgen. May-ra. May-ra. No grito. Soy callada. Mis gritos se extinguen bajo mi piel. Quizás estoy aturdida de gritos. En mi cabeza estallan los gritos. Aletran pájaros negros, los cuervos de mi alma. Las ventanas tienen rejas y mi cabeza también. Todas las puertas tienen sacados los pestillos. Temen te intentes suicidar. El Doctor Simone teme que haga un nuevo intento de suicidio. A todas nos tienen con vigilancia. Detesto a Bernardita, una loca acelerada que me robó dos libros de poemas, o la ninfa Verónica que entra al salir el sol en la sala de terapia ocupacional y cuando yo vengo ingresando arrastrando los pies, ella ya tiene terminado un mantel para su madre. Yo intento pintar, como mi padre. O leo, como mi prima Luciana. La muerta. Los muertos leen o yo me imagino que leen. Leyendo se cruza al otro lado de la línea entre la vida y la muerte. Yo creo que acá, de este lado, estamos muertos. Sólo vivimos al leer. Digo una palabra y siento la muerte

de la memoria. Mi cerebro es un ataúd cerrado. No me acuerdo como se dice ni qué se dice. Este tratamiento me quita las palabras. Cada palabra es un recuerdo que puedo abrir o cerrar como un cofre. No me dejen estas cerraduras sin llave, mi cabeza como un caserón asolado por el viento. No tengo visitas. En un rincón de mi memoria está la vergüenza. Sabía que iban a hacer esto conmigo. Sabía que tomar todos esos medicamentos, al azar, en grandes cantidades, terminaría conmigo vomitada junto a la chimenea, todo el uniforme del colegio sucio, con las heridas del punzón en todo mi cuerpo. Yo era un mapa chino de acupuntura. Hubiera querido parecerme a Hellraiser, el monstruo, llenarme de agujas la cabeza. Dice mi hermana, la puta de mi hermana, Dalia, que te coman los perros rabiosos del dolor alguna vez, dice Dalia que quise solamente llamar la atención. Dalia es lo peor. Quiere ser ingeniero comercial, quiere ser economista. Es un año menor que yo y es la mejor del curso. La pusieron en mi mismo curso. Mi padre le dijo a mi madre: va a quedar la cagada. ¿Qué sabes tú, Daniel? dijo mi madre y yo sé que ahí todo fue cayendo al infierno. El abismo. ¿Dónde está mi libro de Alejandra Pizarnik? La loca de Bernardita me lo ha sacado. O sea, se llevó a Rimbaud, a Pessoa, a Lautrémont. En el patio de la clínica me grita: ¡El doctor me dijo que estos libros te hacen mal! Yo soy la más

bonita de la dos. Estoy hablando de Dalia. Pero ella se pinta, cuica, fresa, galga. Mi hermana es lo peor. Iván tuvo la culpa. O yo. Me enamoré como siempre me enamoré. Tengo la cabeza de fuego de mi padre y de Esenin, un poeta ruso que tendré que buscar entre mis libros. Iván era hermoso, alto, flaco como un junco. Mi Iván. Mi Iván. Su nombre solo basta para hacerme saltar de dolor el cuello, la nuca, las corvas. Yo le gustaba. Me decía que soñaba conmigo, que no me olvidaría nunca. Iván, a mi mamá no le gustaba entonces, la muy cínica, Mi papá me decía que era un poco mayor para mí. ¿Y para Dalia? ¿Por qué Dalia sí y yo no? ¿Por qué se metió con él? La mato. La habría matado. A mi vieja, a mi viejo, a Gonzalo, a ella. ¿Dalia? - entré a su pieza una noche- , ¿qué estabas haciendo con Iván la otra tarde? Ustedes ni siquiera están juntos, me dijo. Insolente. Soy la hermana mayor. Grité toda la noche. Esa noche la recuerdo llena de gritos. La fiesta de los gritos. Mi madre llamó a su marido, el papá bueno, el pelotudo y vino, Gonzalo vino y se sentó conmigo y me dijo que fuera a ver a su psiquiatra. Su querido doctor Artigas. Voy donde el psiquiatra de mi padrastro. Un barbón menos adaptado a la vida diaria que yo. Seguro atendía volado. Sólo se comovió de mí cuando le dije que necesitaba conmiseración. *Con* es conocer, me dijo. Con-moverse es conocer y con-moverse, moverse “con

alguien”: frases tuyas. Me mandó donde una psicóloga. De ahí a un doctor. Me dijeron que tenía una depresión. Yo me quería morir de dolor. No entendía nada. Había que entrar a la universidad, había que ser la mejor del curso, había que ganarle a Dalia, había que acordarse de todo. El nombre depresión de nada me cura. Lloré muchas veces esperando esas palabras de alivio delante de la psicóloga. Anastasia se llama. Me explicaba que todo el mundo tenía angustia. Yo le decía que si era así no entendía como aguantaban vivirlas. Tienes que ser fuerte. Hablaba como mi madre. Mi padre me abrazaba y yo lo esquivaba. Papá, hueles a cigarro, a trementina, a alcohol. Siempre hueles. Pensé muchas veces en mi cuerpo atravesado en las ramas de los árboles, lanzarme desde lo alto del departamento, bajar corriendo hacia la avenida. Imaginé mi cuerpo destrozado por el impacto del metro, salpicando la vía, los muros, abierto en carne y hueso, en mucosidades, sucio. Lo dibujé. Escribí. Fui a mostrarle a mi padre mis cosas. Su taller de pintor. Estraba con un poco de trago y se reía como se ríe cuando no puede pintar bien. Fuma marihuana y me dijo riéndose: mira lo mal que hace quedarse pegado en la adolescencia. Le dije, he pintado, he escrito. Yo ya vomitaba a escondidas. Y eso no tiene gracia, mi hermana la menor, también vomitaba. Yo encontraba en la taza del excusado los restos

de su baba. Yo olía la bilis cuando ella salía dejando la puerta abierta. Yo conozco ese olor, ese aliento que ella trata de tapar con pastillas de menta. Conozco el aliento de este mal, el aliento del dolor. Ese que no pasa desapercibido como el vodka. El licor sin olor que no calma la herida de pus allá dentro de mi alma. ¿No la ven? ¿No la sienten? La gota cae y cae y entra a mi cuerpo para extraer la piedra de la locura, la misma que lloró la Pizarnik, no la salvaron los poemas, no la salvaron los diagnósticos. El doctor Simone lloró al lado de mi cama. Anastasia fue a la unidad de cuidados intensivos. Mi padre lloró y me dijo que se sentía responsable. Gonzalo desfiló con su madlita serenidad de burro delante de mi cama. Por suerte cortaron las visitas. Por favor, no le digan nada a nadie. La vergüenza de la muerte fallida. No quiero ver a mi hermana. Es tu hermana, May, no te entiendo. Sé que no me entiende, mamá. Leo, escribo. Pinto. Llevé mis dibujos al taller de mi padre. Mi cuerpo atravesado por los árboles, mi cuerpo luna atravesado por los rayos del sol. Mi carne de nube, padre, quién puede decirme por qué me he vuelto de cristal. Mira, le dije a mi padre y él como que se traspuso. Me dijo, estás mala de la cabeza. Y después nada. ¿Alguien habló con el doctor Simone? ¿Por qué Anastasia, mi psicóloga, no le contó a mi madre ni a mi padre? ¿Les contó? ¿Por qué esperaron hasta

tan tarde? A Simone le lloro y me dice que debió ser más firme. Dice que me tiene cariño. Le creo y no le creo. Le debe decir lo mismo a todas las otras locas de esta clínica. Quizá que cosas les ha dicho o me ha dicho, quizá qué he hecho que yo no me acuerdo. Escribo para no volverme loca. Memoria de papel la mía. Porque escribo no lo estoy. Porque dibujo retengo mis sueños. Sin sueños, sin memoria, me iría flotando hacia la ingravidez de la locura que es peor que la muerte. La falsa vida sin peso. ¿De verdad me quiere, doctor Simone? ¿Y si no siento el cariño de nadie, doctor? El me contó una película. Un niño que se defendía de la locura familiar leyendo el único libro de su casa. Soy esa niña que escribe la memoria que pierde cada tarde, con el tratamiento. No me dejan vomitar. La vigilancia es perpetua. Se ponen delante mío mientras como. No me tocan el tema. El doctor Simone me lo dijo. O como o vuelvo a la unidad de cuidados intensivos y me ponen sueros nutritivos. No me dejan morir. ¿No es acaso mi derecho? ¿No soy acaso mayor de edad para decidir si muero o vivo? ¿Para qué voy a cumplir 18 años? ¿Para qué me dieron permiso para conducir un auto sin no puedo decidir dejar de llorar? Engordaré como una vaca. No quiero ser gorda. Yo era linda, yo no era tonta, mi mama me quería, mi papa me quería, mi hermana me quería. Un día vino el ángel más oscuro de la noche

y se dejó caer sobre nosotros como una lluvia de ceniza. ¿Quién me entiende? El que me comprende, me comprende. Mientras tanto, mientras se diluye mi memoria en el goteo, dibujo.

DIA DOS

Retrato de mi madre mientras fuma. Retrato de mi madre como una mujer con éxito. Inteligente la dama Isabel, alguna vez hermosa. La reina, la santa. Pudo ser más formada, siempre me lo dijo, se quejaba de no

tener tetas ni culo. Pude haber sido modelo, dice. Era lanzada, divertida, dice mi padre, la loca de la casa. Fuma contra la ventana, dice que me acompaña. No te perdonaré nunca lo que hiciste, me dijo una vez. No le perdonaré nunca a ella haberme dicho algo así. Retrato de mi madre con traje de dos piezas jugando en una mano con el llavero del auto y en la otra un nuevo cigarrillo. Te doy mal ejemplo, me dice. Es cuando mejor me cae, cuando mete la pata y se ríe conmigo. Mamá, pienso, de tus dos hijas yo soy tu lado loco y Dalia tu lado cuerdo. Las dos nos aburrimos de ser lados tuyos, quisiéramos verte entera. Con ella se ríen todos como todas las mujeres de este país. Ji Ji Jo Jo. Toda sonrisas. Una vez me llegaste a confesar que no votarías por una mujer para presidente. Que así pensabas, que mi padre era un poco hombre, que Iván también. No me gusta, muy loco, contigo sería peor. Con Dalia es distinto, a ella le falta aire, a ti te sobra. Yo la oía y me iba a vomitar. La primera vez que vomité fue por imitación, de curiosa, por saber lo que era. Lo intenté de tanto oír hablar del tema, de tanto celebrarme la facha, de tanto hablar de dietas en la mesa. Hasta Gonzalo hace dieta, hasta mi padre hace dieta. Una novia que tenía hacía dieta. Se llamaba Inés y tenía una galería de arte. Se vestía como si tuviera mi edad y es mayor que mi madre. Daniel pinta muy bien, muy bien,

me decía. Retrato de mi madre hablando mal de mi padre. Retrato de mi madre encendiendo otro cigarrillo más. Te vas a enfermar, mamá. Yo no fumo, yo no tomo, yo sólo bebo para apagar el zumbido de las abejas de mi pecho. Mi corazón es un panal de avispas. No duerme, no se queda quieto nunca. Mi madre entra a mi cuarto en la clínica y me saluda con un beso. Está asustada por lo que pueda pasarle a mi memoria. No quiero que mueras de Alzheimer como mi abuela, me dice. No sabe, nadie sabe, que llevo este cuaderno de dibujos, de presentes, de presencias. No anoto mi pasado, anoto lo que estoy perdiendo, los días aquí, la lenta carcoma de los días de mi muerte, mi derecho a pensar si vale la pena seguir viviendo. Retrato de mi madre hundiendo la cara en la mano, escondiéndome su llanto. Hija, hija, por qué lo hiciste. Tengo una depresión, le dije. Notó la ironía. En casa me habría dado una bofetada. Acá hundió la cara en su mano libre, la del llavero. Lloró un rato y luego dió una chupada al cigarrillo. Expulsó el humo y movió la cabeza negativamente. Eras una niña tan buena, dijo, nunca diste problemas. ¿Soy un problema, mamá? Se lo dije con una frase submarina, un torpedo que gritaba: me maté porque me siento un problema, un fardo, un lastre, no quiero vivir, no quiero salir del colegio, no quiero entrar a la universidad, no quiero que me midan si soy mejor o peor, no quiero

engordar, no quiero que me miren en menos, no quiero que nunca más hables así de papá, no quiero encontrar en el taller a mi papá durmiendo echado sobre la colchoneta donde se revuelca con sus modelos, no quiero crecer, no quiero tener que explicar una y mil veces a psicólogos, psiquiatras, fonoaudiólogos, psicopedagogas y pediatras que no sé qué me pasa porque no sé que me pasa. Se llama depresión ¿Y qué hago con eso? Hay que llenarse de píldoras ¿Y qué hago con eso? Retrato de mi madre llorando, aguantándose el llanto. Retrato de mi madre abrazando a su hija pegada al goteo lento del suero en sus venas mientras lloramos las dos y yo intento que no se note porque ella huele bien aunque me duele su llavero tintineando pegado en mi mejilla. Te quiero tanto, dice. ¿Quién es la loca?

DIA TRES

Debo tener como cinco años y mi hermana cuatro. Estábamos en el sur y había sol y un lago. Mis padres estaban juntos y éramos más pobres, con un auto usado, blanco como un glaciar, que abría la carretera. Yo me abrazaba al cuello de mi padre que bajaba el vidrio de su lado

mientras conducía y colocaban música de rocanrol en la radio. Dalia se aferraba a mi madre y reíamos mientras las nubes del sur mostraban como se hundía el horizonte curvo en el mar. Yo creo que éramos felices. Dalia me decía May y ella era Lili. Nos hacíamos las dormidas en el asiento de atrás donde habían extendido las mantas y colmado el espacio de los pies con las cajas de las cosas del camping. Ibamos de campamento y ellos, mis padres se reían, mientras nos hacíamos las buenas, dormidas, y yo pellizcaba a Lili y ella me daba pequeños puntapiés mientras mis padres se besaban. Cambiaban de turno al volante y se abrazaban, sobre todo en los minutos del crepúsculo. Se querían y con mi hermana nos gustaba espiarlos. Se metían en la carpa mientras jugábamos y pensaban que no nos enterábamos de sus gritos y risas y cómo se movía la carpa y a mí a veces me daba risa y Lili a veces se asustaba y nos hacíamos señas para que no nos oyeran. Hacíamos un juramento de amor, un secreto para siempre, un gusto de estar juntos que no sé por qué se quebró. Dalia ya no es Lili y yo sigo siendo May. El verano era todo para nosotros y mamá no hablaba de dineros ni mi padre de exposiciones. Nos contaban cuentos y parecía que la vida iba a ser un crepúsculo rosado rebrotado de nubes sintiendo la mano de Dios sobre nuestras cabezas que de tanto hacernos las dormidas nos

dormíamos de verdad y nuestros papás se besaban felices aunque de tanto hacerse los ausentes se ausentaron de verdad, no supimos cuándo. No sé qué tiene que ver con esto. Anastasia ha venido a la clínica y de esto yo no me quiero olvidar. ¿Te acuerdas de cuando iban al sur? Me preguntó eso. Yo no me acordaba y me lo contó. Me dolió sentir que me devolvían los recuerdos míos como si estuviesen en custodia, como si Anastasia viniese a poner en orden lo que era más mío. Lloré mucho. Sentí que una vez ella tampoco entendería nada, que me diría que a todos nos pasa lo mismo pero no. Se quedó en silencio. Me recordó cuando me había dicho que todo el mundo se angustia al terminar el colegio, que todo era normal. Me equivoqué, me dijo. No es la misma angustia de todo el mundo. No te entendí, me dijo. Y no es tu culpa, dijo después. Yo lloraba por mi memoria perdida. Cuénteme lo que le conté del sur, le pedí. Y por eso lo anoto. Se lo preguntaré a mi hermana, se lo preguntaré a mi padre, se lo preguntaré a mi madre. Tengo que volver al sur. Tengo que volver a mí misma. El doctor dice que la depresión me ha dado vuelta hacia el pasado. Que me cerró las puertas del porvenir, que no veo más allá del horizonte. ¿Por eso me quitan los recuerdos? ¿Por qué entonces los muros, los limoneros, las altas panderetas? Escucho canciones roncadas en el *discman*. Es Tom Waits que le

gusta a mi padre y canta desafinado y tiene la voz como él, cuando cantaba mientras iba manejando y me dejó teñida de tabaco como él. Mis dos padres fuman, se hacen pedazos la garganta, se matan todo el día y me dicen que yo soy la enferma. Dalia fuma también pero poco. Me dicen que tengo que dejar de vomitar, que hace mal, y encienden un cigarro. Yo escucho a Tom Waits, que canta con las tripas, como si vomitara. Dalia escucha a Luis Miguel que canta *bonito*, o a Arjona que se le entienden las letras. Todo en ella es *nice*. Dalia escribe con buena letra. Se sienta en la primera fila. Nunca falta a clases. Yo dibujo cada letra como si fuera un animalito que fuera a saltar sobre mi mano, como si tuviera que cuidarlo. Las letras son sueños, las palabras son historias, escenas secretas que no voy a dejar que me hagan daño. Por eso escribo lento, por eso los profesores me retan. ¿Por qué se tarda tanto? Me empecé a demorar en todo cuando conocí a Iván. El doctor dice que es la depresión, Anastasia dice que es el amor que abrió mis venas. Yo no me corté las venas por Iván, me corté las venas por la vida. Me llené de veneno por matar el monstruo que tengo dentro. Me habría cortado entera. No puedo vivir la vida a la carrera, como si fuese una carrera. ¿Alguien me entiende? ¿Alguien se puede detener a oirme? La muerte vendrá y tendrá tus ojos. ¿De quién es eso? Lo copié de la Pizarnik,

no, de Pavese. La muerte viene y tiene los ojos de Iván, de mi padre medio dormido, de mi madre rabiosa. Los ojos de la muerte son los míos. Si pudiera cerrar la puerta del baño de la habitación en la clínica abriría de nuevo mis venas. Lo sé, mis padres están haciendo todo por mí. No me toques, Mary. No me toquen. Sé que soy mala. Soy la más mala. Morirse es malo. Querer morirse es mal. Vomitar es malo. En el infierno del Dante hay un círculo entero para los violentos consigo mismo. Soy el pecado. Dios no me quiere, no me puede querer. Mato con mi muerte. Sé que los hago sufrir. Cómo les explico lo que sufro yo. Cómo le explico. Dios, ¿por qué se queda en silencio? Dios, ¿por qué me quitas el sueño, la calma, esta marea alta permanente que me tiene ahogada? Dios lunar de ojos abiertos y la boca cerrada. Pido algo para dormir. Pido algo. Está Olga, me mira con sus ojos de perro. Son los ojos de la vida, los ojos de la noche de la vida. Algo para dormir. Viene la enfermera que se llama Carlota. Mejor te pinchamos. Me ve en los ojos la visita de la muerte. La ve vestida de domingo en mis ojos. Sentada la muerte me colocan sobre la cama y me busca la vena en el brazo morado como el de un adicto a la droga. Me haría adicta a la heroína, aspiraría neoprén, tolueno, gas, cualquier cosa, cualquier solución por tóxica que fuera si me hiciese sentir algo distinto. Mi madre está frigorizada y mi

padre no está. Mi hermana es la mejor del curso. Eso no es una tragedia, lo sé. A la vena, Amparax. Es fuerte. Ni siquiera me sugiere el que se pone debajo de la lengua. En segundos no sabré quién soy. Ya no lo sé. Ya no lo sé. Ya me siento mejor. Mejor dicho, no me siento. No

DIA CUATRO, SUPONGO

Iván. Largo, alto como un junco, el ceño fruncido como los que tienen algo importante que decir, como los que han mirado atentamente y saben demasiado. Lo miré y me encantó. Una vez había amado así, una vez nada más, al instructor del grupo de la parroquia. Lo había amado porque hablaba como si fuese un ángel. Era un ángel peruano, venía de Lima y hablaba extraño, pisaba sobre las sílabas como cantando y tenía la piel

aceitunada y los ojos negros, dos grandes soles negros, hablaba con los dientes albos, limpios, una sonrisa de Dios, era una sonrisa de Dios y quería ser cura. Estudiaba en el seminario y yo lo amaba. Yo era niña chica y no me importaba amar a un sacerdote. Quizá era por que no conocía el sexo, porque apenas tenía pechos y apenas tenía pelos en el pubis. Iba sola a los retiros, sin Dalia, la gente me decía María, que es como Mayra pero al revés y quizá lo sea. Mayra mal dicha, maldita Mayra. Yo era María, la María Mayra, dinos qué pensaste de lo que acabamos de leer, decía Miguel, que era como esos arcángeles con arcabuces que trajo Gonzalo a la casa cuando llegó. Tenía antigüedades, mamá lo presentó como el nuevo padre y él nos dijo, seré una buena persona y yo era chica, echaba de menos a mi verdadero papá y no eran sus pinturas, eran esos arcángeles coloniales con arcabuces y se habían ido las manchas de color de mi padre que dice que el mejor es Lucian Freud o Francis Bacon y chorrea sobre los rostros deformes su rabia como yo dejo caer la mía y los arcabuceros son serios y Miguel mi amado Miguel, era distinto pero era cura, dinos lo que pensaste, Mayra, y yo no pensaba nada, pensaba lo lindo que era él y me ponía colorada. Miguel, padre Miguel, lo amo tanto, es tan lindo usted, tiene los ojos más lindos del mundo. Yo soñaba con casarme con él, soñaba con su mano en la

mía y su beso, no, mentira, nunca soñé su beso, nunca soñé su carne, nunca soñé nada de lo que viví con Iván. Cuando Miguel se volvió a Lima y mis sueños de boda con él se acabaron, cuando dejé de ser la novia soñada de Lima, entró Iván al grupo y la tristeza quizá ya era tanta que el corazón estaba abierto por Miguel y estaba abierto también por la ida de mi padre y la llegada de Gonzalo. Primero se fue mi padre de la casa y eran tiempos tristes y llovía como si cayeran lanzas de agua del cielo y granizaba sobre nuestra casita de techos metálicos y mamá Isabel, Isabel la Católica, lloraba y rezaba y decía, no soporto más, estaba tan formal, partía en las mañanas al Banco. Contaba el engaño de mi padre, Daniel se metía con esas artistas, con esas alumnas, se lo contaba a sus amigas y con Dalia oíamos las conversaciones en el salón y eran como lanzas en el pecho de nuestra niñez que se terminaba, se nos acababa la infancia. Yo le digo a Anastasia que ahí se me envenenó la sangre, en la traición de mis padres. Mi papá me decía que la Reina Isabel, le decía la Reina Isabel, era intolerable y no me contaba nada de las alumnas que se lo comían con los ojos, yo lo entendería después, lo amaban como yo amé a Miguel, como ese sueño dorado, el pelo entrecano de mi padre, sus momentos de maestro moviendo las manos, alzando el pincel para trazar la mancha lineal donde yo sé que pone el alma

y lo sé ahora cuando me llora. Nunca he amado tanto como a ti, Mayra, me dice y yo me quiebro en mil pedazos pero aún estoy congelada por dentro, aún tengo la enfermedad del dolor, el mal de la muerte. Perdóname papá, le digo, pero no siento el perdón. Lo recuerdo mal, pero lo recuerdo, todo lo recuerdo mal, esta cura de sueño que me convierte en niebla el pasado y tengo que recoger el pasado y dibujarlo con mis palabras porque no tengo la misma capacidad de los dibujos hermosos de mi padre, yo tengo las palabras que la reina Isabel nunca usó para ser la poeta que pudo ser, dejó de leer, dejó de escribir, se metió al Banco, cambió de auto, de marido, rezó todas las noches con nosotras mientras se tomaba la pastilla para dormir y nos decía, niñas, no se preocupen, yo nunca me iré de la casa y el corazón se me quedaba en un puño y ahí apareció Miguel o el amor y después Miguel y apareció Iván o el amor y después Miguel y después Iván, mi Iván, te quise tanto, Iván, puse mi corazón en mis manos, ¿por qué es así el amor, chusco, esquivo? ¿Por qué se ama siempre equivocado? El corazón es un teléfono con los cables cruzados, siempre sale otro al habla, siempre es otro el que buscaba, me seguía Sebastián en el colegio y Mario con sus mirada de sabelotodo y Carlos que era fuerte y fiero y me daba miedo porque a todas las del curso las volvía locas y yo no, yo no era de esas, yo

iba al grupo de la parroquia y miraba a Miguel y cuando Miguel dijo que se iba yo lloraba y me dijo, no es para tanto, yo también te he tomado mucho cariño, María. Yo le dije y no le dije que me quería casar con él y él no entendió nada porque no dejé que lo entendiera y le sonreí haciéndome astillas la vida y no le conté que cuántos hombres de mi vida se habían ido y lloré toda la semana en mi almohada mientras Dalia se sacaba el premio a la mejor alumna del colegio, el ejemplo del alumnado, y mamá estaba orgullosa de ella, chocha, y yo la abracé y me puse a vomitar y si no es por Iván me doy vuelta entera en la taza del water. Lo ví y lo amé. No importaba Gonzalo, ni la Reina isabel ni Miguel ni la rastra de perros detrás de mi tristeza en celo. Iván, mi amor, mi príncipe. Entró y sentí mi cuerpo, feliz, sentí mi cuerpo. De nuevo, desde que papá me lo había quitado con su partida. Desde nunca, mi cuerpo de tetas, de traste, de piernas. Mi cuerpo hembra, supe para qué sangraba. Lo que nunca pensé con Miguel. Iván entró y se presentó en el grupo de la parroquia y me enamoré. Me latió el bajo vientre, me mojé entre las piernas. Ahora digo, tal vez, tal vez, era otra manera de llorar. Yo creía que empezaba a reirme de nuevo. Y no, era el amor que es las dos cosas, la risa y la pena, el amor y la muerte, la vida y la desdicha de la vida, la carcajada y el grito. El silencio y la avalancha. Ahora

Iván es la tumba en que vive el amor sepulto. No es lo mismo estar sola que estar sin ti. Me aprendí esos versos de memoria por ti. Y no estás. Mereces lo que sueñas, dice una canción. ¿Qué castigo soñé yo? ¿Iván? ¿A qué viniste? ¿Qué haces todavía metido dentro de mi pecho? ¿Por qué no me dejas ni dormir? ¿Puedes hacer el favor de convertirte ahora mismo en olvido? Por favor, monstruo mío, amor mío.

DIA CINCO

Mi padre es casi famoso. Pudo ser famoso. Trató de serlo, no sé. A veces mi madre se acuerda de él y dice que pintaba tan bien, o dice pinta tan bien o dice que no sirve para nada. Un cuadro suyo está en mi pieza. Mirando su cuadro me pinché los brazos. Una vez. Como si esperase que la pintura me hablara. Que saliera él del cuadro (es su retrato conmigo, yo tengo cinco años y me abraza sentado en una silla mientras yo me siento en su muslo y me cuelgan los pies desnudos, chorreados, como son sus retratos) y me dijera: ¿qué estás haciendo, Mayra? Y yo pudiera decirle: me

estoy muriendo de dolor y nadie me entiende. Y yo pudiera decirle: me estoy muriendo de dolor y nadie me entiende y no es un capricho, no es una pataleta, no es una cabriola infantil, no es dolor por dolor, no es la angustia común y corriente, la de todo el mundo que me decía al comienzo Anastasia, es un dolor que me atraviesa como a ti la pintura o como a mamá la prisa por llegar al trabajo o como a Gonzalo la responsabilidad de hacer las cosas bien o como a mi hermana las ganas de ganarle al mundo en todo. Esta es mi sangre, papá, quería decirle, es tu sangre, papá famoso o casi famoso o medio famoso. A veces sale en las revistas, a veces me lleva a la inauguración de sus muestras y un montón de gente le dice que es un genio y yo lo miro y está con trago y me dice que soy lo más lindo del mundo y Dalia no quiere acompañarlo porque dice que no entiende sus cuadros y yo los entiendo porque sé que los cuadros no se entienden, son sangre, son venas abiertas, son puertas entre la vida y la muerte y la fama no es más que una puerta falsa: eso me lo dijo él una vez, lúcido como un farol y me dijo: no leas tanta poesía, te hace mal, conozco muchos poetas y están todos con la cabeza abierta como mis personajes en mis cuadros. En los cuadros de mi padre la gente tiene ventanas en la cabeza, se les ven los muebles del alma, eso dice él, se les ven las escaleras, la cocina, el baño, las parejas haciendo

el amor. Y hay siempre un paisaje de París que es donde mi padre fue casi famoso, pudo ser famoso, quizá no quiso ser famoso. Vivió en París, ahí conoció a mamá. Ella estudiaba para aprender más y él pintaba queriendo ser Picasso o Matisse o Derain o Soutine. Sus colores eran furiosos y ella lo convenció de irse juntos a New York y ahí decidieron vivir como pareja y él trató de ser Willem de Kooning o seguir a ingleses como Lucian Freud, siempre me habla de él, me muestra sus libros, sus gordos, sus caras manchadas, los monstruos de Francis Bacon. Anoto los nombres porque me los enseñó mi padre que todo lo habla como como si tuviera la cabeza con todas las ventanas abiertas de par en par. Mi padre era el mismo de ahora. Quizá se vestía igual pero era joven y de joven un padre ya no puede oler mal o fumar marihuana o dormirse de día y pintar de noche. Picasso lo hacía, me dice. No sé si era buen padre ni buena pareja. Yo escribo que hay algo hermoso en mi padre que da pena. Es como ver un sol que no alcanzó a brillar, como el sol de un invierno que nunca pudo lucirse esplendoroso como es el sol del verano, ufano, vanidoso. La pintura de mi padre es con manchas, lienzos enormes, pasa rachas de tiempo sin hacer nada, ha puesto una tiendecita de marcos, hace sus famosas clases donde dice mi madre que se enredaba con sus alumnas. Sus manos son hábiles, limpia la madera,

engarza precisos los moldes, tiene novias que se enamoran de su mirada árabe, la misma mía, la que a mí no me trae novios sino su vagancia, su pereza triste. No sé qué me pasa, Mayra. No puedo pintar. Esos días apenas me habla. No sé si puedo ser un buen padre, soy apenas lo que puedo. Pinto y eso qué importancia tiene, reclama. No lo he visto llorar. Antes de la clínica nunca lo había visto llorar. Dice que mi muerte lo atraviesa como un barco a un iceberg, como un iceberg a un barco. Yo le digo que yo me he sentido así de frágil, de madera, que no quería herir a nadie o quizá herir a todo el mundo y que me pongo triste. Me pongo muy triste. Tristeza de piedra, tristeza roca, tristeza lápida. Quiero rezar y no puedo. Dios mío, digo, y el dolor sigue en mi pecho. El doctor me dice que no es la sordera de Dios sino la mudez del cuerpo que cuando se enferma así no lo oye nadie. A mí me duele pensar que Dios nos creó mudos, que no le podemos hablar desde un dolor de este tamaño. Solamente nos dió esos ríos de plástico, esas gotas que entran en mi cuerpo, los auxiliares que me vienen a buscar y me llevan a la habitación blanca donde está la camilla y me dicen, respira tranquila, esto no te va a doler y no sé cómo cuento hasta diez y me sumergo en un mar tibio, así será el Caribe, así será la bañera que nos hacía mamá de niñas y éramos felices. Tantas cosas que no quiero olvidar nunca.

Esta es la Cura del Olvido. Sí, me dice el doctor Simone, te vas a olvidar algunas cosas. Tiene cara de pena. Como mi padre, me mira afligido. Como Gonzalo que le toma la mano a mamá y ella se la quita porque es una bruta. Tiene la tonta idea que me dolerá su amor por Gonzalo, que me influyó la separación. Como si todo fuera simple, una flecha y un blanco, una fórmula en una pizarra. Madre, odio tu aritmética precisa. He despertado en sueños llamándola. Que no se vaya a dormir pensando que soy mala. Me siento mala, la asesina, la que trató de matarla en mi propio cuerpo. Esto no te va a doler, me dicen. Y yo me voy del mundo y cuando vuelvo estoy en mi cuarto y me mira Mary porque siempre es de día. Y cuando despierto aún hay sol, a veces llueve, como hoy y la tristeza se va diluyendo pero siento, Anastasia lo sabe, que he perdido algo. Junto con extraer la piedra de la locura se va algo de mí en el olvido y le digo: Mary, dame mi cuaderno y si puedo escribo, si puedo dibujo. No quiero que nadie me pregunte qué voy a estudiar en la universidad. Hoy, no sé por qué, quiero abrazar a mi hermana. Que le diga a Iván que venga. Que se lo diga ella. No es maldad. Es como la derrota del amor. Si algo he aprendido del amor es que es una derrota. Es la más bella derrota, Dalia, me dan ganas de decirle. Y yo la perdí.

DIA SEIS, QUIZÁ

Iván. Me descubro escribiendo tu nombre como si fuera un poema completo. Te dibujo mal y rompo los papeles donde rehago tu rostro. Fuiste mi primer hombre, quiero decir que contigo fui por primera vez mujer. Te quise mucho y pienso que estuve enamorada de ti porque si algo debe ser estar enamorada es querer estar tan cerca de la muerte. ¿Amaste igual a Dalia? ¿Por qué fuiste con ella a mi fiesta? ¿Por qué si sabías que andaba detrás tuyo no la dejaste atrás? Engreído, vanidoso, como todos los hombres, lo dice mi madre hasta delante de Gonzalo, no resististe la tentación de ser el sueño de las dos, no pudiste elegir. Maldito, malo, no puedo siquiera maldecirte bien, no puedo matarte dentro mío, no puedo perdonarte y sin embargo te perdono, que te hayas ido, que te hayas

complicado, que te hayas metido con Dalia, cualquier cosa para que aparecieses en la puerta de mi casa y me dijese que me quieres, que no me has podido olvidar, que a veces escribes mi nombre como si fuera un poema o lo pronuncias como si fuese una canción de moda o que intentas vanamente con tu mano torpe dibujarme y quieres que seamos novios, pareja, nos abracemos como esa vez, esa vez, esa vez, Iván, mi corazón, mi corazón lindo y terrible y tonto y terco. Qué saben los doctores, los psicólogos, tú eras mi sanación, mi remedio, mi alivio, tú calmabas mi alma, o mi cuerpo, o eras la salvación o el pecado, yo me confieso, padre, de haber sabido lo que era el amor, ¿qué tiene de malo si es tan bello? Iván me amó, yo lo amé, yo lo amo, tal vez todavía lo ame. Pongo un acento distinto, una letra distinta y el amor es distinto y ya somos distintos los dos, dos extraños. Me da miedo volver a verlo por eso, por su cara que será de otro cuando era la de mi vida y mi cuerpo era el suyo, Iván ¿dónde te metiste? ¿Qué hiciste con nuestro amor? Odio las canciones en la radio hablando del mismo tema, mi madre me trajo un televisor y odio encenderlo. No es una telenovela mi vida, no, es una historia de vida y muerte. Iván entró en mi vida y con él entró al fin la muerte. Tiene sus ojos la muerte. Anastasia me mira y me dice que le cuente una vez más la historia de Iván. Todo. ¿Todo?

Todo. No sé si me gusta acordarme de Iván. Pero no me gusta tampoco que se me borre todo. Anastasia, le digo, ¿me contarás todo lo que he olvidado? No olvidarás nada, me dice y me calma. Es como si su memoria fuese la mía. Como si necesitara su cariño como una memoria agregada. Su cabeza que no podrá jamás saber lo que he sentido porque no hay palabras para contar lo que uno ha sentido y nadie puede soñar el sueño de otro ni sentir el amor de otro y al final todos estamos tan solos, tan solos. No, no es bueno seguir así. Dentro mío a veces siento destellos de luz o, mejor dicho, menos oscuridad, menos de esa terrible oscuridad de las cosas. Iván. Era alto como un junco y gracioso, imitaba a Michael Jackson, contaba chistes y era bueno como un pan. Este es Iván, dijo el padre Rubén, y yo lo amé.

DIA SIETE, TIENE QUE SER SIETE

Anastasia dice que ordene mis pensamientos, que no debe asustarme el orden. Dice que temo parecerme a mi madre si me vuelvo cuerda y entonces perder para siempre a mi padre. Dice que tengo esas dos partes dentro luchando. Mi madre viene todos los días y se cruzan con mi padre en la puerta y se saludan tan distantes que me da pena. No son ni amigos, son menos que amigos, son apenas personas y yo soy el amor que se tuvieron. Cuando Dalia me viene le digo: ¿te das cuenta que poco queda de mis padres? ¿No se dan cuenta que eran mucho más cuando se querían? ¿No se dan cuenta que me hieren, que nos hieren, cuando sencillamente se tratan distantes como si jamás se hubiesen tratado? Hay cosas que no le digo a Dalia. Yo que conocí el amor con Iván, el amor del cuerpo y la piel, y ella también lo besó, estoy segura que lo besó, no me mientan, no me

trataen como si fuera idiota, a mí no me hacen tonta. A ella menos que a nadie le diría que no entiendo como se pudieron amar mis padres hasta tenernos a nosotros y después el olvido. ¿Por qué el el olvido? Y tengo la rabia y la duda, las ganas de preguntarle a Dalia si ha visto a Iván, si sigue con Claudio, su novio universitario, si salen además de repente con Iván y hablan de mí, si cuando me autoricen las visitas podré verlo y no me dará la sensación de estar atravesada de arriba abajo hasta por el filo de las hojas de los árboles, los múltiples verdes de los limoneros. ¿Dalia? ¿Has visto a Iván? ¿Ves a los papás que se quisieron tanto, que hicieron tantas cosas juntos, que fueron tan capaces de tener nuestra casa de ladrillos blancos tan bonita y la chimenea encendida en la playa y nosotras corriendo de la mano de ellos gritando que el tiempo era hermoso y el mundo empezaba en el sur y seríamos hermosísimos para siempre juntos? No, no le cuento eso a Dalia. Hablamos poco, jugamos un poco de ping pong y ella se deja ganar a pesar de que estoy muy mareada. Anastasia me dice que ordene las cosas. Me dice que no importa que me repita. Estoy cansada, quiero irme. Tengo un molesto buen humor. Bernardita ya se va de alta, acelerada como está, y me da su teléfono. Verónica, la ninfa hacendosa, dice que las curas de sueño dejan la memoria como un trapo. Y el cuerpo también, digo yo. Es otoño y

debo ordenar las cosas. Hace un año conocí a Iván. Mi madre dice a veces, fumando siempre, que eso me hizo mal. ¿Por qué no le hizo mal a Dalia? Te bajó las notas, me dice. ¿Por qué no se las bajó a Dalia? Anastasia, por favor, me duele ver a mi madre, me saca de quicio, me duele. Yo no soy mala, no soy mala. Yo quería a Iván. Dalia es mala. Mi papá, papá, ven a verme. Ordénate, me dice Anastasia. Estamos sentados en una habitación de la clínica. Por la ventana entra el mal sol del otoño. Todo se borrona como esa luz y no sé qué hora es. Le tengo que preguntar a ella el día de la semana. ¿Voy a estar mucho tiempo encerrada? Quiero salir. ¿Con quién quieres salir? me dice. Y yo no sé con quién saldría. Me da risa pero pensé: con Gonzalo. Es tranquilo, es mi padre y es mi madre al mismo tiempo, un poco los dos, aunque a él le gusten las antigüedades y pintores más normales. El mismo me lo ha dicho, tu padre pinta bien, si se ordenara le iría mejor. Me ordeno, Anastasia. El doctor Simone ¿cómo será con sus hijos? ¿Querrá más a unos que a otros? Le pregunto a Anastasia si es casada, cuántas veces se ha casado, ¿cree en Dios, Anastasia? No me contesta esas cosas. Me devuelve las preguntas, me dice que me ordene. Quiere que le cuente de Iván. ¿Más? Iván me duele. Hicimos las cosas de la parroquia, el invierno, ir a ayudar a la gente más pobre, la desesperada, la

que no tiene ni tiempo para deprimirse, digo yo, con el agua hasta el cuello, yo me moriría, esas casas donde sabemos que pasan cosas terribles, yo le digo, las mismas que después sabemos suceden en las casas de la gente más rica. Una amiga que está desesperada porque un tío la manoseó, la niña del lado que la violó el propio papá, jugaba con ella como una muñeca y la descubrió la mamá en plena faena, esas cosas que yo no entiendo por qué no enferman más todavía. Háblame de Iván, te duele como una violación, te duele como un abuso, háblame de tu niñita interior maltratada, me dice Anastasia. Iván y yo enganchamos enseguida. Yo también le gusté, me lo dijo. Dalia no iba a la parroquia, era menos creyente, es menos creyente. A mí no se me ha aparecido la Virgen ni nada parecido pero creo en ayudar a la gente y creo en Dios hasta en medio de mi dolor y de mi muerte, hasta cuando sangro creo en Dios y espero encontrarme con él en el cielo alguna vez, Dios mío, sé que he pecado, vomitar, herirme, hacerme pedazos, mi cuerpo es Su regalo, lo sé y cuando Iván me hizo sentir todo eso, sentí que era un regalo de Dios. Le vuelvo a preguntar a Anastasia si cree en Dios, si puede entender qué significa esa sensación de Dios en el cuerpo, si es pecado o estado de gracia. Me dice, ordenemos. Iván me invitó a salir, dar vueltas. De mi edad, alto, más alto que yo. Divertido, fuimos al cine, me

invitó él, hablamos mucho, me enseñó a jugar billar y me tomaba las manos poniéndose detrás mío y ahí yo creí que me iba a morir de felicidad. Esto lo escribo pero no se lo cuento a Anastasia. Yo me tocaba. Desde antes de conocer a Iván me tocaba. No me imaginaba nada pero yo ya sabía tocarme entre las piernas suavecito, y movía los muslos colocándome un cojín entre las piernas y sabía llegar a algo parecido a un orgasmo que no sabía cómo se llamaba pero lo hacía desde chica y mucho y no lo he confesado a nadie siquiera. El doctor Simone parece que se dió cuenta. Me preguntó si yo me masturbaba con tono de absolutamente normal, como cortarse las uñas o si me lavaba el pelo muy seguido y yo le dije que sí y él preguntó desde cuándo y yo le dije que de niña y él se quedó tan campante que supongo que no es pecado. El padre Rubén nunca supo y menos Miguel. Yo lo hacía para dormirme tranquila. Lo hacía de niña. Mis papás peleaban y yo me tocaba y me dormía tranquila. Cuento esto no por desorden, lo cuento porque cuando Iván me tocaba era como que yo me tocara. No, mucho más. Lo digo porque Iván me rozaba la mano y era como que me tocara en el mismo centro de la vida, entre las piernas, como si se me incendiara, me daba escalofríos y la primera vez que me tomó la mano después de la película yo sentí el vapor, el volcán, la fiebre mínima de vivir, eso que es tan distinto de

la muerte, eso que es el mal de la vida o el bien de la muerte, póngalo como quiera, el máximo y el mínimo al mismo tiempo, la promesa de una vida exquisita y medio loca ya le dije que sí, que fuéramos al pool y jugáramos al billar y me dijo si sabía y lo dije que no sabía y me dijo yo te enseño y me tomó desde atrás y me abrazó a medias y yo juro que casi me desmayo, yo sentí todo lo de Miguel multiplicado por mil y suspiró en mi oído, se rió, estaba igual de incómodo que yo, igual de corto de genio, igual de sensible, yo leía poemas con él, le leía mis poemas copiados, mi libro de versos robados, no anotaba nunca el nombre de los poetas, los versos son de todos, eso mismo le leí a uno de los poetas, róbame los versos, decía, llévatelos si te dan vida, arrójalos si te dan muerte. Qué sabe mi padre cuánto me salvaron los versos más oscuros. A cuántos poetas salvaron de la muerte. Habría venido ella mucho antes a buscarlos, se los habría llevado como el agua de los temporales se lleva las piedras, grises, anodinos, inútiles, se los habría llevado como peces muertos, como papeles, como basura. Sus versos eran la raíz a la vida, el lazo al sol. Leía con Iván y me tomó de la mano bien tomada una vez y me dijo que yo era muy bonita y, es divertido, pero yo no me sentía tan bonita. Cuando él me lo dijo creo que me puse colorada y yo nunca había besado un hombre. Besos tontos, compañeros, pero sin

lengua, sin toda la boca, besos casi besos. Nunca el beso bien besado de la boca loca. Practicaba con la mano. Hacía una boca con mi pulgar y el índice y me besaba la boca de esa mano. Sabía que era con lengua y lo hacía lentamente como lo veían en las películas, como lo cantaban las canciones. No era una caliente. Yo buscaba el amor. El amor que es más que la calentura, mucho más, es sentirse convertida en cuerpo grito, en cuerpo alma, en cuerpo vida. Nunca en sus besos quise morirme. Nunca. Yo sentí todo por Iván y por eso lo besé. Fue raro, sentí sus dientes, sentí su lengua. Nadie nunca había entrado en mí de esa manera. Ninguna lengua antes había jugado con la mía, recorrido así mis labios paso a paso. Lo áspero de su piel me rozó y me hizo daño la poca barba que tenía, pero no importaba. Lo besé de vuelta, abrí mi boca como si abriera mi mundo entero. En un beso de verdad se juega la vida, se puede terminar perdiéndola, se puede terminar siendo otra persona. Y yo quería que Iván me abriera como una nuez, me rompiese con su beso. Yo quería el temporal de su saliva. Ningún asco, ningún miedo. Era besar un arcángel, un rostro hermoso. Me emocionó su mano en mi pelo. Lo usaba largo entonces, casi hasta la cintura. Cuando hacía el calor me lo levantaba en un moño. En las noches a veces me lo peinaba mi madre. Pocas veces, de niña. A mí, a mi hermana.

Me lo corté a tijeretazos cuando se metió con Dalia. El metió su mano en mi nuca y yo tomé su cara guiando su boca, bebiéndolo todo, su memoria, su vida, como si besar fuese una manera única y última de saber de él hasta su médula. Bello Iván, lo quise tanto. Cómo no entiende un hombre que una mujer ama tanto cuando besa. ¿Besan así los hombres? Le preguntaré a Anastasia, al doctor, a mi padre, a Gonzalo. No me atrevo. ¿Cómo besa un hombre? No puedo creer que solamente se calienten. Yo sentía el cuerpo tibio, sentía abrirse el deseo de estar mucho más tiempo juntos, infinito. Le dí muchos besos. Me dió muchos besos. Eso a lo mejor aburre a cualquiera que me lea, a cualquiera que me oiga. Pero los besos eran el minuto más importante de la vida. Sé que con besos me hubiera curado. Esta enfermedad infernal me quitó los besos, me los arrancó de la memoria, me dejó desbesada, me dejó desamada, descreída, destrozada, los besos me abrigaban, me dejaban quieta, me permitían esperar que viniese otro día, convertían el amanecer en una maravilla: podía haber otros besos. E Iván era la boca, la boca única que me besaría. No era a cualquiera. No era de cualquiera. El beso es más que el beso, el beso era yo misma mirándome, abrazándome, reconstruyendo el amor perdido de cada segundo de mi vida. Daba lo mismo todo. A mí me daba lo mismo todo. Por esos besos dejaba el

mundo atrás, los estudios. ¿Puede compararse un beso con las matemáticas? La única lengua que me interesaba era la del beso. Le pregunto de verdad: ¿por qué en el colegio no enseñan a besar? ¿Por qué no enseñan que el amor es así, más desvaído, por qué no enseñan a tolerar la ilusión, el desconcierto, por qué no nos dicen que el beso es total y sin embargo tan sutil, se desvanece? El beso es hambriento e insaciable. ¿Por qué no nos explican que uno puede amarse tanto y olvidarse sin embargo? ¿Qué se ama cuándo se ama? Ni los poetas lo saben. Deberían enseñarnos eso. Quizá Iván hubiese dolido menos. Pobre madre mía. Cuánto habrá sufrido cuando mi padre le quitó sus besos. Por muy fría que haya sido, por muy compuesta. Por muy ordenada. Mi padre jamás debió besar a otra mujer. Jamás ninguna. No se besa porque sí. Yo no he besado así. Y entiendo que el beso es como una oración, un gesto devoto. Yo beso y me beso y te beso. Iván, nos besamos tanto. Y ahí apareció mi cuerpo y su cuerpo. Nos juntábamos en el patio trasero de mi casa. Iba a verme y sabíamos que ya no queríamos hablar, que no queríamos ver televisión ni jugar naipes ni escuchar música. Queríamos besarnos. Nos íbamos al patio de atrás donde estaba la escalera apoyada en el piso y nos sentábamos en ella y nos besábamos y mi cuerpo se mojaba, me mojaba toda. Su humedad, la de su

boca, florecía en todas las bocas que yo pudiera tener. La boca de mis piernas, entre ellas, sonreía y yo sabía que eso era el amor, sé que eso es el amor, Anastasia, por qué me pregunta esto, lo sabe, lo amé a Iván, lo amé. Tanto, tanto. Nos besamos tanto. Nos besábamos tanto. Iván, mi querido Iván.

OCHO, SERÁ

La Bernardita está loca. Me ha dicho que me están haciendo electroshocks. Yo le digo que es mentira. No dejarían que me hicieran electroshocks. Me ha hecho llorar. Me dice que a ella le han hecho y se olvidan las cosas, se muere el cerebro. Yo no siento muerta mi mente. Le digo que me siento mejor. Que me cuesta escribir. Que no puedo creer que mi mamá o mi papá hayan dicho que sí. Que el doctor Simone no es un infeliz. Pero me pregunta si puedo escribir y sé que no puedo escribir bien. Y me pregunta si me acuerdo del libro que me sacó y me lee páginas que dice que me leyó y no me acuerdo, no me acuerdo, no me acuerdo. Tengo la cabeza vacía. Es una cura de sueño, le digo. Verónica me lo dijo. Yo me quería matar. Quería morir. Le digo, ahora me acuerdo de tantas cosas y entiendo que estaba loca y le leo los poemas de la Alejandra Pizarnik y ella me dice: te están haciendo electroshocks. Te vas a quedar loca para siempre. Para siempre, canta, mientras Verónica pedalea en la máquina de coser un mantel para su madre. A ella la vienen a ver todos y la abrazan y veo a su padre que es algo así como un doctor, un abogado, que se sienta

con ella bajo unos naranjos y le dice cosas suaves y su madre le toma la mano a su padre y no sé entonces por qué está acá encerrada si es tan buena pero tan buena. A Bernardita la odio, la odio. Salté sobre ella y le tiré el pelo. Vino la Olga, era casi de noche, y vino su guardiana, la Elvira, y nos separaron. Le tiraba el pelo. Y ella gritaba: te olvidarás de todo, te están haciendo electroshocks, a mí me hicieron electroshocks. Te cuentan un cuento, puras mentiras. Y gritamos en el pasillo y a ella le pusieron una inyección y a mí otra y mientras lloraba tendida en mi cama, la enfermera me puso algo en la nalga y le pregunté si era cierto. ¿Qué cosa? Me dijo. Lo de los electroshocks. No sé, me dijo. A veces los doctores tienen que hacerlo y es lo que hay que hacer. Pregúntaselo a tu doctor. Yo sabía que me estaba mintiendo. Sabía. Ella podía leer la ficha, las indicaciones, pero ella me conoce poco. A Bernardita es la tercera vez que la hospitalizan. Una vez corrió desnuda por Providencia, otra vez creyó que era la Virgen María y santiguaba a los pobres allá abajo, en Estación Central. Oye voces, habla en alto, araña a sus cuidadoras. Nunca ha tratado de matarse. ¿Ella está más loca que yo? Le dije eso a la enfermera. No sé, me volvió a contestar. No sé, no sé, no sé. Demasiada gente que no sabe nada. Eso me ha enfermado. Y es verdad que olvido las cosas y pensar me cuesta. No sé dónde se fueron

mis ganas de morirme. Estoy en una especie de lago oscuro, atravieso sobre las espaldas de un monstruo estas cavernas de tiempo. ¿Cuántos días? ¿Cuántos? Mañana debo hablar con el doctor. Apenas puedo dibujar. Mi cuerpo dibujo, atravesado por las máquinas de corriente. Si me han sacado este deseo de morir, me han limpiado por dentro. No quiero correr desnuda, no quiero soñarme con un hacha hundida en el pecho ni arrancando el cuero cabelludo de mis profesores. No quiero sufrir por dentro como he sufrido. Qué ganas de abrazar a mi mamá. Qué ganas de abrazarla, que ella me abrace. Olga, llamo, Olga, venga. Ella entra y entiende. Es fría, no es la Mary, pero le digo que necesito tomarle la mano a alguien. Me dice: ya te va a hacer efecto el calmante. A lo lejos escucho aún chillar a Bernardita. Me doy cuenta que está más quebrada que yo. Lo que sea que tiene dentro, no han podido extraerlo. ¿Me han hecho electroshocks?, pregunto. No, me dice Olga. Y no le creo pero no importa. Tiene la mano gorda y callosa pero aprieta la mía que es pequeña y flaca. Si estuviera en casa iría al refrigerador y comería hasta hartarme y vomitar igual como grita Bernardita. No, no, acá me basta la mano de Olga porque empiezo a dormirme y le estoy dictando y por eso los errores de ortografía y la nota: tengo que acordarme de preguntarle al doctor Simone. Tengo que acordarme que

tengo que acordarme. Estoy menos triste. Estoy menos muerta. Olga me pasa la mano por el pelo. Anota eso, Olga: me pasas la mano por el pelo. Anótalo, es bonito. Y no quiero olvidarlo. Mañana hablo con el doctor, viene Anastasia, viene alguien más de mi familia y quiero que sepa Iván. Anótalo, Olga. Y no me sueltes la mano hasta dormirme.

DIA NUEVE

Hoy lloré todo el día. El doctor Simone me contó todo. Todo. Si hubiera consultado antes. Si al primer pinchazo del punzón, si al primer vómito hubiera hablado, no serían necesarios los electroshocks. Casi no puedo escribir. Hasta a él se le llenaron los ojos de lágrimas. No es frío como otros doctores que veo pasar, los de las otras presas, las otras enfermas. Yo no estoy presa pero es igual que estar presa. Lo aguanto porque afuera estaría más presa todavía, mucho más prisionera de esta locura del corazón negro. Mi locura del corazón negro. Se me puso negro y las rabias y las penas lo pusieron más negro todavía. Echan sueros en mi sangre para quitarle lo negro. Simone me dice la verdad, está haciendo lo que hay que hacer, me dice. Dice que se me va a olvidar y me lo va a volver a decir. Incluso no sé si hubiera preferido que me mintiera. Dice que ya me hicieron varios, que basta. Que ahora sólo el goteo. Lloré toda la tarde. Hubiera necesitado un beso y estoy llena de electricidad, sacudida por dentro, vapuleada. Yo quise ser pura, yo quise estar limpia de pecado, yo quise solamente ser una buena mujer. Yo no quería ser correcta, mediocre, arribista como Dalia, quería ser casi una santa, quería llegar virgen al matrimonio, quería navegar contra la corriente de toda la gente parecida a la

Reina Isabel, los malos que se volvieron buenos, los locos que se volvieron cuerdos, los desordenados que se volvieron comunes y corrientes, yo no quería ser mediocre, quería dar un salto más allá. Hubiera debido ser totalmente loca, emborracharme como la Fanny o la Karen o la Ana o todas las locas del curso, debiera haber perdido la virginidad en un paseo de curso como cualquiera con cualquiera en cualquier parte de cualquier manera. Con Sebastián, por ejemplo, que quería manosearme en las fiestas y yo no quería dar ni un beso porque en el cuerpo se me iba la vida. Anastasia dice que siempre sentí eso, que eso quizá ya era la depresión, el deseo de que el mundo se limpiara dentro mío, en mi cuerpo pudiera mi alma alcanzar la belleza terrible de los ángeles. Leí poesía porque era el más puro estado del idioma, las palabras robadas, las palabras que he vivido robando. Me he pasado robando el dolor de los artistas que no me pudieron salvar de ser chamuscada por el electroshock viendo a Bernardita como se va de alta y transmite a todos que se va de alta y no le permiten salir definitivamente, loca para siempre, no quiero quedar loca para siempre. El doctor me explica mil veces que estaré mejor, que debo cuidarme y que si me cuido no seré loca y yo lo que no quiero es ser cuerda. ¿Ha visto cómo están los cuerdos? ¿Iván es cuerdo? ¿Dalia es cuerda? ¿Gonzalo y sus aburridos muñequitos

religiosos, sus santones de madera de todo el mundo con que llena la casa? ¿Quién está cuerdo? No quiero ver a mi madre, ella debe haber convencido a papá. Odio a papá. No tuvo carácter, no tuvo conmigo el coraje de salvarme de los electroshocks. Era tu vida, me dice el doctor. Yo lloro a gritos. Yo solamente quería salvarme del mundo. Eres el mundo, eres parte del mundo, me dice Anastasia, eres alguien importante en el mundo, el mundo no sería nada sin ti. Mentira. No le importo a nadie. ¿Cuántos electroshocks más? ¿Cuántos me han hecho? No hacen el daño que dicen, repite el doctor. Dice que me lo repite porque lo he olvidado. Yo le digo que me lo repita porque la causa del olvido es su famoso tratamiento. Me explica otras mil veces más que el dolor estaba clavado en mi propio cerebro, en mis células, que había que arrancarlo brutalmente, que la idea loca de la muerte es materia viva, que he creído tener emociones que no son mías, son materia dañada, son desechos. Yo pienso ¿y un beso? ¿No me habría salvado un beso? Y le pregunto si rescataré la memoria. Me dice que sí pero olvidaré esto, así que mejor lo anoto. Sí, rescataré la memoria. Una memoria limpia donde igual Iván se habrá ido, me habrá traicionado, habré querido ser locamente sana y terminaré aburridamente mediocre. No quiero eso. No te irrites, me dice Anastasia. ¿Por qué no has venido a verme?, le

chillo a mi madre. Y ella se molesta y me repite que viene todos los días y que revise mi cuaderno. Reviso mi cuaderno. Escribo tan poco sobre ella. Tan poco. Es mi madre y la odio. ¿Dónde está mi padre? Padre ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué? ¿Qué hace Gonzalo en la cama con mi madre? Dalia, ¿estás ahí? Esta tarde le tomé la mano a Dalia. Todos los días, todos los crepúsculos, los áridos crepúsculos de la clínica, en medio del ruidoso tráfico emocional de las tardes, necesito dormirme de la mano de alguien. Hasta que llega Olga, la vigilanta de noche y se van las visitas. Hoy voy a necesitar algo para dormirme. Me ponen bajo la lengua una píldora. Olga, yo quería ser pura. Anote, escriba, alguien que escriba lo que yo siento. Alguien que lo diga por mí. ¿Iván no sabe nada? Preguntó por ti, me dijo alguien. O lo soñé. No distingo los sueños de lo vivido. Mi cerebro flota, mi cabeza es una pecera. Es muy peligroso ahogarse en este acuario. Dentro de mi alma puedo sentir el ruido de la vida como los intestinos intoxicados de un gigante. Rujo, gruño, Olga dice que aprieto los dientes. Mi Dios, mi Dios, cuál es el santo de las locas, de los depresivos, de los suicidas frustrados. ¿A quién le rezo? Mayra, la María mal hecha. Mamá, Papá, tengo miedo. Dalia, hermanita. May, mi niña May. ¿Quién nos quitó el amor del sur donde empezaba el mundo? Yo lavaba mis manos, lavaba mis ropas,

mis sábanas, lavaba el mundo creyendo que así podía lavar mi alma. Yo era buena, yo me confesaba con el padre Rubén. Me siento algo mejor con la pastilla. Me desespera tener que usarlas. El doctor dice que así estaré mejor. Cada golpe de angustia me daña más, me dice. Es un tiempo con píldoras y después podré estar mejor en la vida. Volver a la vida. Yo le tomo la mano. Viene esta noche. Le habla la enfermera, le habla la vigilanta. Se rasca la coronilla mientras escucha. Estoy algo mejor. Tengo pánico de volver a vivir lo que he vivido. ¿Podré ser libre de elegir lo que yo quiero? ¿Qué piedra de la locura es esta que tengo en la cabeza? No quiero morir. Hoy es el primer día que no quiero morir. ¿Me oye, doctor? Hace un gesto. Pasa la mano por mi pelo. Como si fuese mi papá.

DIEZ, ESTOY SEGURA QUE ES DIEZ

Cuéntame de Iván, dice Anastasia. Lo duro de haberme guardado tanto para un hombre. Lo duro de no permitirme ni una válvula de escape. Ser una especie de agujero que estalla pero no estalla. Todo lo que no amé, todo lo que no lloré. Acumular dolor, rabia, miedo, ternura, necesidad que me toquen. Todo eso me ha hecho daño, dice el doctor. Acumular dolor sin convertirlo en palabras, acumular amor sin convertirlo en abrazos, acumular penas sin llorarla. Yo le contesto a duras penas, las pastillas me tienen tonta. Su electrotratamiento, doctor. Me quitó las ganas de morirme pero también me tiene perdida. ¿Qué día es hoy? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? Quiero irme no sé para qué. Guardé en mi corazón la fuerza de tanto amor. Iván, mi amor, mi terror, mi vida. Anastasia dice que también era mucho miedo. Terror del amor. Yo digo: eso es la muerte. Lo dice algún verso robado. El amor al miedo, el miedo al amor. Iván se me declaró. Yo le dije que sí. Entre besos. Me tocó los pechos, Iván, cuanto te quiero yo. ¿No me hace mal llorar? Tu enfermedad no es el llanto, Mayra, dice Anastasia. La depresión es otra cosa y si hubieras venido antes, a la primera idea negra, al primer cuchillo en el alma, a la primera lágrima que te agriaba la vida, serían sólo píldoras, un tiempo corto. Ni vómitos, ni tu cuerpo arrojado en el suelo de la casa inconsciente, ni los gritos de mamá

Isabel ni papá Gonzalo ni la unidad de tratamientos intensivos ni el suicidio como ese extraño deseo de saltar y dejarlo todo a medio hacer. No, ahora el mareo. Todo me mareo. ¿No es el castigo de Dios? Y ella se queda callada. Hace una pausa. No es el castigo de nadie. Dice eso. Como el padre Rubén: Dios es bueno, Mayra. Dios no quiere tu enfermedad, Mayra. Dios no hace todo perfecto, Mayra. Dios te dió las armas para saber qué te pasa. Dios dió a nuestras cabezas la conciencia y el conocimiento. ¿Por qué me confundes, Dios, con este error de mi alma? Cuéntame de Iván. No, hoy no. Hoy apenas puedo reconocer las cosas que he hecho en el taller de labores. Bernardita no está. Ha salido con permiso. Ingresaron una chica nueva, Jessica, llora a gritos en una habitación de otro sector. Está loca. Verónica llora por ella. Me dice que la nueva se cree la Virgen María y pide ser crucificada, que se ha hecho cortes en los pies y en las manos, que se abrió el costado con un cuchillo carnicero. Le van a hacer electroshocks. Tienen que extraerle la piedra de la locura desde lo más hondo. El doctor me dice, es otra cosa, no es lo tuyo. Jessica le ha arrojado el papelerito a la cabeza a su doctora. Rompió los vidrios, la llevan a la habitación acolchada. En mi fuero secreto pienso que ella está mucho peor que yo. Veo en la enfermería la caja de sus medicamentos cargada como para un safari. Veo cuando

preparan la sala de electroshocks para ella. Hoy no me toca la habitación de los rayos. Tal vez no necesites más, me dice Simone. Pobre Jessica, es más joven que yo y se come los pelos. Del estómago le sacaron una bola de botones, uñas y cabellos. No comía, la encontraron después de tres días perdida, rezaba de rodillas frente al Palacio de Bellas Artes, en trance. Sus padres se abrazan en la sala de visitas. Me preguntan si la he visto. Puedo hilar mal las palabras. Podría decirles que le están haciendo. Ella grita, un grito sordo. ¿Le están haciendo electroshocks?, preguntan como que no supieran. ¿A usted le han hecho? ¿Hace daño? ¿Es verdad que mata las neuronas? Eso es tan falso como que las mata la marihuana. Hay medicamentos que las protegen, que las regeneran. Repito cosas que me dijo Simone, libros que me ha hecho leer delante de él. Tienes que ser tu propia doctora. Es su biblia de psiquiatra que repito como loro. Como una conversa les explico. Tengo la boca traposa y debería estar durmiendo. Hoy, mi primer día sin electroshock seguido: calculo mal pero no tanto. Quiero vivir. Debo verme como una idiota, enlentecida pero tan contenta de tener sentimientos mientras paso entre las visitas. Bernardita me presenta a sus padres que no quieren saber nada de mí. Ella habla hasta por los codos. Es la diva de la clínica. Verónica me presenta a su hermano mayor que estudia

medicina y me queda mirando y es atractivo. Se acerca a mí y me pregunta qué tengo. No te metas con una loca, le digo. Estoy mareada, medio ida. Eso se te va a pasar, cómo te llamas. Le digo. El se llama Ricardo, va en cuarto año y le gustan los misterios del cerebro. Me dice que en el cerebro están todos nuestros secretos, es una biblioteca donde si se pierde un libro otro libro escribe el libro perdido. Es un libro raro pero que compensa lo mutilado. Me dice que quiere verme de nuevo. Que Verónica le dice que soy su mejor amiga en la clínica. Yo ni me acuerdo. Poco, algo. Me siento la tonta, la mejor compañera, la que no mató nunca una mosca. Ricardo es bonito, tiene el pelo rizado y es de mi estatura. No es católico pero no me importa, no viene a salvar el mundo pero me habla de que hay que preocuparse de la sociedad, ve sufrir mucho a sus enfermos. Me dice que lloró mucho por Verónica. Le digo: está bien, es la más activa. Me dice: así estaba siempre, de pronto se cortó las venas. Le digo que así es la depresión. Yo me sentía exigida de todo. No me faltaba nada. Y mi madre, peor, me pedía más. Que pusiera de mi parte, que era cosa de proponérmelo, que no haga caso de esas ideas tenebrosas, que arriba ese ánimo. Se rió Ricardo. Sí, eso es lo peor para un depresivo, me dice. Lo aprendiste en la Universidad. Sí, mi hermana y mi padre tienen una

depresión, mis hijos quizá la tengan. Tengo que saber de eso. Descubrirlo cuanto antes, tratarlo bien. Lo miro, sus ojos de ardilla, su pelo rizado. Me gusta. Lo besaría, en medio del mareo lo besaría. Ahora que ya no soy ni santa ni puta ni siquiera mediocre. Vuelve a verme, le digo. Olga dice que parezco borrachita. Estoy contenta. Me traen la pastilla debajo de la lengua pero en cuanto se van me la saco. Tengo el gusto rico del beso que no le dí a Ricardo. No me lo quiten todavía. Hoy quiero vivir. Por lo menos para que me abrace un hombre triste, un estudiante de medicina que quiere a su hermana y la tuvo que traer porque se cortó las venas y él mismo hizo los torniquetes y los puntos en un campamento y la trajo en el auto de la familia y su madre lloraba mucho y su padre estaba muy nervioso y él fue el astuto de la tribu. Eso me gustó. Alguien fuerte. Un hombre fuerte. No era el Iván confundido por el ataque con Dalia. Pedazos rotos de un amor que me duele en los zapatos. Ricardo, musito, mientras cierro los ojos y siento el efecto del Zolpidem en mi cerebro errabundo, cabecita al garete donde resuenan los poemas sueltos de mis autores naufragos. Leo mientras se me cierran los ojos, Teiller, Lihn, Gelman. Quizás la mejor victoria sea, sobre el tiempo y la atracción, pasar sin dejar huellas, pasar sin dejar sombra en las paredes. Es un poema de una rusa. Dalia debería leerlo, tan ruidosa.

ONCE DIAS DENTRO, CREO

Anastasia dice que no he terminado de hablarle de Iván. Yo no quiero hablar de él pero mi boca habla sola. Habla hasta cuando estoy

callada. Me quedo sola y en lugar de acordarme de cualquier cosa me acuerdo de él. Son pedazos de películas, sueños que ya no sé si fueron ciertos, conversaciones, el paseo por el Parque Intercomunal de la mano con ese silencio de no hablar nada en serio, contándome una película o una novela, creo que era “El Señor de los Anillos” y yo riéndome cuando él finge ser el enano o el elfo o el héroe y yo siento que no importa que me lo sepa, simulo que es la primera vez y es la primera vez que me la cuenta y yo la primera vez que alguien me la cuenta y después me cuenta “El Club de la Pelea” y se queda consternado cuando imagina los edificios estallando, el perfil de Nueva York desmoronándose como cuando se vinieron abajo las Torres Gemelas y yo estaba preocupada por la Irina que estaba en viaje de estudios con su colegio y le pregunté y lloraba, todo el tiempo lloraba, no se le pasaba la angustia. En ese momento yo estaba de la mano con Iván. Fuimos juntos a verla cuando llegó. Todos los amigos. Hasta mi hermana que llegó más tarde. Pienso: ahí ya estábamos mal, ya no éramos los mágicos soñadores de “El Señor de los Anillos”, lo seríamos después, el me contaría de nuevo la película pero yo ya sabría que estaba mal. Yo estaba mal cuando me estaba contando la novela, estaba peor cuando me contó la película. Yo ya estaba mal cuando fuimos a ver a Irina. Cuando se cayeron

las torres ya algo se había incrustado dentro mío pero yo no le contaba a Iván. No le contaba nada. No quería perderlo. Si le hablaba él no tendría paciencia, me quedaba sonriéndole. Igual no tuvo paciencia. Yo me quedaba con cara de aquí no pasa nada. Me preguntaba si me pasaba algo, varias veces, yo le decía que nada. Una vez, siempre en el cine, siempre una película que queda estropeada para siempre, me dijo que estaba confundido. Estaba raro, que no sabía lo que le pasaba. Y a mí el pecho se me abrió. Como todas las mañanas de estos últimos dos años. Ahora me doy cuenta: tengo clavada una espada en el corazón hace dos años, por lo menos hace dos años. El impacto del arcabuz del arcángel de Gonzalo que ahora preside el comedor de la casa, no sé, el pincelazo feroz de mi padre tirado sobre el sillón, dormido, mientras entro en puntas de pies a mirarlo porque lo echo de menos, la partida de Miguel, la llegada de Iván, el primer beso de verdad de mi vida, hubo antes otros, mentiras, mentiras húmedas, babosas mentiras de niña. Yo también podría haberle dicho que me sentí mal, que estaba enredada, que esperara, que teníamos que darnos un tiempo, que no estaba tan enamorada. Yo no sabía qué me estaba pasando. Yo leía demasiados poemas. Los leía sola, a veces se los leía a él, a veces sentía que él se aburría y simulaba entretenerse como yo simulaba entretenerme cuando me

contaba todas las historias de la Tierra Media o cambiaba a Tom Waits y ponía algo más fácil. Mi música era mi música. Radiohead, Creed, se me ponía la piel de gallina. Me gustaban las canciones que ponía mi padre y a veces el Monteverdi que ponía Gonzalo explicándome cuándo, en Venecia, inventaron la ópera, los instrumentos, el sonido limpio, sin alargar la nota, no, no sé qué me pasaba. Recuerdo todas esas conversaciones hechas un lío. ¿Qué fue antes? ¿Qué fue después? Anastasia dice que todo se me detuvo en un momento, como una pausa larga de emociones, como un río que se empantana y se pudre y se llena de insectos, zancudos y ranas. Yo me convertí en el pantano mal oliente, me ahogué en mi propia ciénaga de dolor. Era un dolor sordo, lo he dicho antes, nunca se lo dije a Iván. Iván se cansaba de tenerme sin sonrisas, sin besos, sin humedad, quería que volviéramos a abrazarnos, hacer nanai, le decía hacer nanai. Vamos al fondo de tu casa a hacer nanai. Nanai como los cariños de los niños, las caricias que se fueron poniendo crudas. Una vez su mano bajó a mis pechos, una vez abrió el botón de la blusa y yo me sentí entera inflamada y me abrí uno más y le tomé la mano que me tocaba los pechos por fuera de la blusa y la puse dentro, que tocara mi ropa interior, que se metiera a buscar mi pezón, mi pezón que estaba levantado como un loco pidiendo su mano, sus labios

húmedos, su beso, su mordisco suave, mi Iván, puedo acordarme de todo eso, era un relámpago de nieve, una alegría tibia, otra electricidad, yo abrazaba su cabeza y lo besaba en sus cabellos mientras él me mordía suavemente los pezones al principio y luego me chupaba mientras yo perdía el aliento, perdía totalmente el aliento y decía: este es mi hombre, este es el hombre de mi vida, el hombre que me contará eternamente la misma película, al que jamás le diré que tiene que ser de otra manera, el que estará a mi lado y yo siempre seré la que él quiera y abría los ojos y podía ver el atardecer de la cordillera, el violeta rosado de esas tardes de un otoño atrás o la primavera anterior, me pierdo, donde era tan fácil llegar a mis pechos y mis pezones se ponían tan contentos de humedecerse en su boca. Por eso cuando veo la cordillera desde la ventana de mi cuarto en la clínica lloro, lloro porque ella me humedeció todas las tardes, todos los crepúsculos me los robó, lo peor, los fue volviendo iguales, me hizo perder hasta la emoción de esos momentos vírgenes, de esa primera vez que ahora no quiero que nadie más me bese los pechos, nadie más me bese así, nadie más me vuelva a hacer desear el siempre quédate conmigo, el nunca me dejes, el te quiero tanto. Quiero poder sentir que la vida es así, pero está rota de adentro, no da para más, es un sueño a medias, un poema sin corregir, una mesa con una

pata coja. A mí la vida se me vino cuesta abajo, de a poco al comienzo, con todo al final, un derrumbre espantoso, me dió angustia, Iván, Iván. Pasaron muchas cosas más. Los cuerpos no se cuentan, los cuerpos son como los poemas o como las canciones, no son como las novelas, no son como las películas. Me acuerdo de mi cuerpo en sus brazos y qué puedo contarle, qué puedo decirle. Mis manos abrieron también su pecho y también le mordí despacio las tetillas y puso su mano entre mis piernas y yo me negué una, diez, treinta veces, hasta que su beso en mi pecho fue como la llave con que me dejé tocar y estaba mojada entera y sentí su dedo torpe pero hermoso, suave como el dedo de un estudiante que no ha conocido el trabajo duro, suave como mano de artista, pensé, limpia mano que me tocó buscando algo que no sabía buscar y yo solté mis piernas y decidí, en otra tarde, con otras montañas rosadas, quizás con más frío, no fue todo al mismo tiempo, fue el deseo que nos robó los temas de conversación, nos convirtió en dulces esclavos de ese encuentro, sólo queríamos estar a solas, sólo queríamos dejarnos tocar, así, mi mano bajó a su vientre y lo toqué también, lo toqué, mi inflamado Iván, mi Iván total y él me pidió que lo besara ahí, que pusiera mi boca sobre su miembro y yo le dije que no, no me atrevía, me dolió el alma, él me siguió besando y yo ya sabía que no podíamos seguir, algo se

quebró ahí, yo no podía seguir, yo no sabía si debía o no besarlo, ya había soñado con hacer el amor, que entrara en mí, que entrara totalmente, ser suya, su novia, su esposa ante Dios que me parecía estar más en la cordillera que en la parroquia. Estaba loca de amor. Iván me dijo que estaba loco de amor por mí. Me pidió disculpas por pedirme eso. Eramos niños. Eramos tan niños. Ahora lo hace cualquiera, lo hacen todas. Lo sé por amigas, lo sé de las que están en la universidad. Dalia sale ahora con un estudiante de derecho y sé que lo hace. No me lo dice pero lo hace. Se le nota en la cara que ya lo hizo. Ese hombre ya la besó hasta el alma y la penetró como a un parque, como a un castillo donde ya no hay dragón que nos defienda y anda más segura de sí misma y como que creció y no sé si decirle que Dios la mira mal porque parece que no le importara Dios y me pregunto si debí aceptarlo y quizá estaría conmigo, no sé, yo estaba con tanto dolor. Yo no quería eso, yo quería llorar a gritos, quería decir que me sentía morir, me moría, me moría todos los días, me iba a morir más aún y no lo sabía. Perdóname, Iván, le dije, perdóname tú, me dijo. Nos enredamos. No sé qué fecha es, qué días eran. Venían exámenes, pruebas, tres por semana. Estudiaba con Dalia a veces que se lo sabía todo. Y vino la fiesta. Estábamos peleados, medio peleados, tomemos un tiempo, no sé qué

me pasa. Y era mi fiesta. Y estuvo raro Iván. La fiesta de mi cumpleaños, ahora me acuerdo. El próximo año, ahora, tendré permiso para manejar, yo gritaba en la fiesta. Nunca como para que me regalaran un auto. No somos gente rica. Pero era lindo imaginarse irse a la playa manejando, alguna vez, el auto de mi papá, seguro, aunque fuese su jeep viejo que no da los cien kilómetros por hora. Yo sería libre y en esa fiesta tomé hartito y no estaba mal, yo no estaba mal y sí, nos habíamos distanciado con Iván ¿Por qué nos habíamos distanciado? ¿Por qué me había dicho: démonos una prueba de un mes? Igual había ido a mi casa. No puede ser tan poca cosa. Bailando con Dalia, con mi hermana. No puede ser y ella me mira fijo y no lo suelta. Y yo armé la escandalera. Estaba enojada. Muy enojada. Pero con el trago se me pasó y vino Gonzalo y me trató de calmar y la Reina Isabel me pegó una bofetada. No se lo perdonaré nunca a mi madre. Iván vino. Sale de aquí, desgraciado. Sale de aquí. No tenemos ningún compromiso, me dice el desgraciado. ¿Acaso no es compromiso ser de él, ser de su lengua, ser de su dedo, ser de mí su miembro, casi lo tuve en mi boca, casi nos acostamos? No. Dalia, no quiero verte. Quiero irme donde mi papá, quiero irme donde mi papá. No vas a ninguna parte. Odio a mi madre. Gonzalo: déjame a mí. Se llevó a Iván y a Dalia. Me muero de vergüenza que se den cuenta en la

fiesta. Que siga, que siga mi cumpleaños. Gonzalo echó a Iván de la casa, a Dalia la mandaron a la pieza. La ví discutiendo con mi madre en el segundo piso. Tocaban música tecno y yo lo único que quería saber era por qué las cosas no eran para siempre primavera, para siempre un sol, para siempre el día bello o la noche de luna llena bailando maravillosa. Creo que recé, pero más que a Dios, le rezaba a Miguel. Ya no tenía fe, ya no era nada, la depresión es la enfermedad de la fe, de la fe simple, la fe de la lucha diaria, la fe de hacer lo que venías a hacer. Lloré en mi habitación, me fue a buscar Sebastián que siempre está enamorado de mí y se sentó junto a mí en la cama y, sí, es verdad, empezó a declararse y yo lo besé. Lo besé como una tonta. Lo besé sin responsabilidad, sin sentir nada. Como para borrarle a Iván del cuerpo sin poder borrarlo. Como para hacer pedazos a Dalia, a todos los que me hicieran daño, a mi madre. Sebastián quedó tartamudo, se separó su boca y empezó a declararse y yo le dije: no, no te quiero. Perdona, me gustas pero no te quiero. Y ni siquiera me gustaba. Ni siquiera. Pobre Sebastián. Pobre de los dos, dicen que ha preguntado por mí. No tengo visitas abiertas todavía, me da miedo salir con permiso, ir a la casa, ver a la gente de antes. No quiero que nadie me pregunte nada, nada. No quiero contar la historia de mis cicatrices en los brazos ni mis vómitos ni mi

memoria de pollo mareado. Me iría a un sitio lejano, solo, con mi padre si estuviera lúcido, con Gonzalo. Me iría a Lima a hablar con Miguel. Al único que le contaría sería a Miguel que quizá ya es cura y ya hizo misa y ya está ordenado sacerdote y me puede devolver la fe perdida. Aunque no sea en Dios. La fe simple, la que le dije, la pedestre, la que busco en los poemas que robo, no me hacen daño, me protegen un poco, algo que sea, de la rudeza de los días.

DOCE, O MÁS

¿Cómo se olvida? Al otro día de la fiesta desperté mal herida. ¿Cómo perdono? Dalia no estaba. Gonzalo la había hecho irse a dormir a otro lado. Iván me dolía como arena en los ojos. Despertar era verlo. Sí, era cierto, estábamos lejos. Sonó el teléfono al mediodía y era Sebastián. Vino mi madre a decirme que me llamaba. Le pregunté con un gesto si estaba

loca. No sé qué explicación le dió. Mis regalos de cumpleaños me importaban un pepino. Estaba enrollada en la cama intentando que el tiempo también se enrollara, escuchaba mi voz interior más fuerte que todos los sonidos de la tierra. No duró mucho esa paz frenada, ese gesto de tomarse de la cordillera para que no se mueva, para que el día no sea el día, para que todo sea antes de ayer y uno supiera qué hacer, cuándo, cómo. Debí haber recibido a Iván en mi fiesta con todo el amor que le ocultaba. Mi orgullo me mató. Sabía que hablaban a veces con Dalia. Llamaba a casa y yo decía que no estaba. Dalia tomaba el teléfono y se enecerraban a hablar. ¿Qué le dijiste, petisa? Le decía yo eso. Se encogía de hombros, enana ponzoñosa, arpía, alimaña. ¿No eres mi hermana? No, Iván no se fijaría en ella. Se burlaba cuando estaba conmigo de sus modos. Tu hermana es tan ajustada a las reglas, tu hermana es tan pero tan respetuosa, tu hermana cree que va a ser una santa, tu hermana es una vieja chica. Lo habrán dicho de mí. Las voces las oía en mi cabeza en espiral, como un tornado que me tomaba sacándome de mi cama y arrojándome sobre las casas, los edificios, volaba hecha trizas llevada por el huracán de mi ira y mi desaliento. ¡Dalia! Grité. De pronto, así. Salté de mi cama y me fui a meter en su habitación y la zamarreé chillando. No recuerdo lo que le dije. Entró mi madre, mi Santa

Madre y San Gonzalo detrás calmándola a ella y después estábamos las tres llorando. Mi madre, la Reina Isabel, Isabel la Católica, Isabel Primera, Segunda y Tercera, la regia, la sana, en bata de levantarse juraba que nunca más se celebraría una fiesta en esa casa, maldita la hora que se había casado con mi padre, maldita la hora que yo había salido igual a él. Nos gritamos mucho, varias veces. Dalia entró a pedirme perdón. No sé donde estábamos. Venía con Gonzalo. ¿Te convenció él? ¿Perdón de qué? No debí haberme metido ayer con Iván. Fueron mis celos, me dijo. Yo hervía. Encima de todo la otra se hacía la juiciosa. Estaba despeinada, ojerosa, sin pintura pero me miraba con sus ojos rojos de llanto. ¿Te gusta Iván? Le pregunté. Ella miró a Gonzalo. Me acuerdo. Gonzalo se encogió de hombros. May, hagamos las paces. ¿Quién hace las paces con quién? Grité. No pregunté, grité. Si me gusta o no me gusta no es el problema. Siempre te gustó, le grité otra vez. Mi madre me tiró del pelo. ¡Isabel! Ahora fue Gonzalo sobre ella. Dalia se descompuso. ¡Por favor, tranquilícense! ¿Te gusta Iván? Me gusta, pero no te pido perdón por eso. Yo también le gusto y eso tampoco es lo que hice mal, Mayra. Te pido perdón por haberme enredado en tu fiesta. Eso es imperdonable, dijo Gonzalo, ya furioso. Lo sé, lo sé, chillaba Dalia. Mi madre me miró con furia: ¿ves la que has armado? ¡Yo no hice nada! ¡Nada!

Gonzalo intentó defenderme pero ya la Reina Isabel había partido hacia la habitación de ellos y daba un portazo. Dalia me tomó las manos y se las quitó. Yo estoy enamorada de Iván, musité. Despacio, como sacando ese amor de abajo de un montón de papeles, como si estuviera escondido aunque fuese lo más importante del mundo. Yo estoy enamorada de él y tú no. Dalia, eso tú lo sabías. Mi hermana se quedó muda. Se sacudió el pelo. Gonzalo puso la tetera en el fuego, entraba y salía de la cocina. Un domingo de familia, todos en pijama. En el silencio de la casa se escuchaba a mi madre protestar en su cuarto. Gonzalo bufaba moviéndose de un lado hacia otro. Se preparaba un café a pesar de las advertencias del médico. Pensaba en fumar y no encontraba cigarrillos. Yo ahora, quizá, me habría reído. Soy orgullosa. Fui a mi escritorio y tomé el punzón y me clavé. Esa fue la primera vez que me clavé. Delante de todos, como una loca. ¡May! Escuché a Dalia detrás mío. ¡Gonzalo, Mayra se está cortando las venas! Yo no me estaba cortando las venas. Yo estaba fría. Entre la ira y la pena me había ido metiendo en un frío de muerte, lejana, encerrada en mí misma, encapsulada. Me quedaba mirando la sangre caer sobre las hojas de papel de las tareas de historia de Europa, la Segunda Guerra Mundial, avanzaban los alemanes hacia el frente oriental bajo mis gotas de sangre. Me acuerdo porque lo

anoté. Soy cursi, soy excesiva, soy exagerada. Digan lo que quieran. Estaba muriéndome por dentro. Era Austria, Polonia, Checoslovaquia, atravesada por mis asesinos internos. Podía sentir mi esclavitud, mi prisión, mi crimen del día, del minuto. Gonzalo me quitó el punzón y me sacudió. No llamó a mi madre, cerró la puerta y encendió un cigarrillo que le sacó a Dalia. Esto se acabó aquí, dijo, como dicen los desesperados cuando quieren que termine algo que no saben como terminar. Yo lo intenté con Iván, lo intenté hasta con la vida. Lamento que haya quedado como idiota. Algo de mi sangre quedó como la sangre de una idiota, de alguien que hace teatro, de alguien que sólo quiere llamar la atención. Sí, quería llamar la atención. Sí, quería darle la vuelta de mano a mi hermana. Sí, es de niña chica. Pero también sufría de verdad. La tristeza negra, la espesa, también esa melancolía biliosa me ocupaba las tripas, la vista me cegaba, sólo escuchaba el ruido de las tropas alemanas en el invierno ruso, los cuerpos helados atrapados en el lodo, el bombardeo a lo lejos. Nunca me gustaron las películas de guerra. El profesor de Ciencias Sociales contaba las batallas como novelas. A mí me tocaba el sentimiento. Siempre nos hacía imaginar un soldado, una mujer, un muchacho, una niña, gente a la cual le pasaban las cosas en la guerra. Y yo pensaba que dentro mío se repetía la historia de

Europa como la de un continente ocupado. Vamos a hablar con el doctor Artigas, el que me ve, dijo Gonzalo. Lo necesitaba yo más que él, por primera vez. Y volví a enrollarme en mi posición fetal y Gonzalo no se movió de la habitación hasta que silbó el agua en la tetera y salió y volvió con su café y encendió otro cigarrillo. Gonzalo, no aguanto el cigarrillo, le dije desde la cama, sin mirarlo. Entró Dalia. Perdóname, May. No, no puedo perdonarte, le dije. Y no hablamos más. Por semanas no hablamos más. Yo me clavaba el punzón a solas y escondía mis heridas y lavaba la punta para no infectarme. A veces me levantaba en la noche y paseaba por la casa con el punzón en la mano, fría, como un fantasma y luego me encerraba en mi cuarto de baño y me pinchaba sobre el lavamanos viendo los hilillos de sangre salir de mis antebrazos como los afluentes del Amazonas. El dolor era mi droga. Peor, demostrar que no me dolía. No me duele, decía yo. No me duele, repetía. No me duele nada, me decía. Y es que todo me dolía. Estaba loca, desesperada de dolor. Desesperada.

CATORCE O QUINCE

¿Estoy muy loca? ¿Muy loca? ¿Me pasaré la vida entrando y viniendo de la clínica? El doctor dice que no, Anastasia dice que yo soy la que creo que sí y no me dice más. A mi madre no me atrevo a preguntarle nada. Vienen con Gonzalo o con mi hermana y hablamos poco. Me dicen que estoy mejor que ayer pero yo no me acuerdo bien si vinieron o no. No me acuerdo de las notas que tomé o los dibujos que hice. Los ordeno a veces, otras me olvido. Verónica está afuera y dicen que me despedí con un abrazo. Me dejó una carta, tan linda como ella, tan buena que la envidio:

“Nos tocó la misma herida. Se cura. Esta enfermedad se domina. Tiene cosas hermosas y otras terribles. Tú me leíste ese poeta alemán que pedía ser oído por las altas esferas de los ángeles. Todo ángel es terrible. Esta enfermedad es una bendición. Y también es terrible. Pero pasa. Yo estoy bien y tú también lo vas a estar. Acuérdate de mí. Las curas de sueño nos dejan tontas pero el amor no tiene olvido. Tu amiga loca, tu loca amiga, Verónica. Ricardo te va a llamar”. He tenido que revisar mis notas para saber quién es Ricardo. Bernardita va y viene. ¿Me hicieron electroshocks? ¿De verdad? ¿Tan mal he estado? ¿No bastó con la cura del sueño o la sustancia esa del lento goteo hacia mi sangre? Ya no quiero morir pero es verdad que todavía no salto hacia la vida como los zorzales, cuando se lanzan al aire desde los limoneros de mi ventana. Las reglas de la clínica no permiten que uno vuelva a visitar a otra paciente hasta un año después de habernos ido. Pierdo el cariño de Verónica del cual tan poco me acuerdo. Ricardo, no podría reconocerlo en la calle. Ha sucedido en plena batahola, pobre de mí, todo lo pierdo. En mis notas a veces encuentro notas tuyas, sus dibujos, muy distintos. Ella es casi como todo el mundo. Le gustaría a mi madre tener una hija como ella. Me agrega un libro que dice que buscó en internet. Se llama “Tocados por el fuego” y lo escribió una psiquiatra que

estuvo enferma de esta misma depresión de dos llamas. Dice que escribió sobre el suicidio, “La noche cae rápido”. Quiero leerlo, algún día. Necesito más que nunca que me hablen de este dolor, cómo se siente, cómo se vive, cómo le pasa a otras personas. Le he pedido a mi padre Gonzalo que le diga a mi padre Daniel que venga a verme. Me contesta que viene casi todos los días y tengo que retomar mi cuaderno para descubrir que ha venido. Debo escribir más, cada vez más. Ahora no hay más goteos ni anestesias, me dice el doctor Simone. Poco a poco me sentiré mejor, en una semana saldré con permiso. Hablaremos ahí del momento del alta. Me pregunta todo lo amable que puede si la muerte viene a buscarme. Lo dice con esa frase y yo reconozco en mis notas una frase mía. Un dibujo que llamé así. La muerte no, ya no viene a buscarme. Vino, y vino seguido. Casi se lleva todo. No me dejaba ir a clases. Yo quería enfermarme, bebí cloro, amoníaco, me quemé por dentro. Vomitaba largamente. No era para ser flaca, era para ser pura. Vomitaba en ese estado frío, ese estado neutro que es la muerte dominada, cabalgada. Montada a caballo de la muerte anduve más de un año. Como una aparecida llegaba a la mesa, me comía lo que hubiera, no protestaba. Así perdí a Iván, así salí con Sebastián y atraqué con Juan Claudio, que no importa quién es, hombres que se vuelven nombres o apenas caras o apenas

noches o apenas fiestas, y odié a mis amigas y bajé las notas. Me fui a pique. Así galopé por enormes llanuras de hierba muerta, sentía el viento helado de la muerte en mi cara. Mi caballo de muerte galopando en estampida mientras mi cuerpo seguía atado a la montura, trabados mis pies en los estribos, las riendas sueltas, sin freno, la estepa abierta, fría. Despertaba a cualquier hora de la noche e iba al baño. Una vez, cuando le volví a hablar a Dalia, fue cuando me quise arreglar la nariz. No lo había pensado nunca antes, fue un disparate, estalló la idea en mi mente, la mente adormilada de esos días, la mente que veía las cosas como una película sin sonido, como una ventana ajena. Me miré al espejo y esa vez no me encontré gorda, me encontré fea, con la nariz larga, con la nariz caída. Nunca antes me había llamado la atención la nariz. Era solamente mi nariz en el espejo. Mi nariz rota, floja, fea. Moví con morisquetas mi cara, y sentía que el puente de la nariz estaba doblado y pensé que me lo podía cortar el hueso con una hoja de afeitar y busqué el cuchillo para el cartón y empecé a cortarme pensando que no me dolería. La sangre salió mucho más rápido que de las manos o los brazos, me mareé, me corría la sangre salada sobre la boca. No me duele, me decía, como hipnotizada por la pena. Loca de dolor, ahora sé que estaba loca de tristeza. Había ido montada sobre la

muerte más allá de las fronteras de todo lo sensato. Estaba exiliada de la vida. No me dolió, el mareo me hizo trastabillar hasta que sentí el hueso con el filo de la hoja del cuchillo. Chorreada de sangre en la cara no veía mi horror. No veía el tajo. Ciega ante las heridas de mi cuerpo y de mi mente. Sentí que me desmayaba de ver tanta sangre. Pero era la sangre de otra, yo ya no estaba ahí. Sujetaba el cuchillo pero no estaba allí. Eché a correr el agua, dejé las toallas manchadas, me senté sobre la taza del water a esperar que pasara el vahído. Entonces me levanté y llamé a Dalia. Primero suave, luego ronca, luego de pie en la puerta de su cuarto. Sobre el alfombrado quedaron para siempre las gotas de sangre. Ella saltó aterrada de la cama. May, dijo. No gritó. Cómplice como cuando éramos niñas. May, May, susurró. Creo que eran las cinco de la mañana. Le mentí: me pegué en el baño. El médico del servicio de urgencia me puso tres puntos. Me miró raro. Los médicos ven muy seguido la muerte en los ojos de sus pacientes. ¿Te pegan en tu casa?, me dijo. A mi madre le preguntó si yo me drogaba. Está baja de peso. ¿Vomita? El médico era un hombre joven, algo calvo, se sentó junto a Gonzalo en una sala aparte. Escuché que hablaban sobre cosas que le tocaba ver. Ahora me cuentan que les sugirió internarme, que temía hubiese sido un intento de suicidio. Gonzalo no se atrevió a contar lo del

punzón. Mi madre estaba preocupada del seguro de salud, de la cuenta. Si era una herida hecha por mi mano no le devolvían el costo de la consulta. Si yo estaba loca, yo no estaba enferma. ¿Quiénes son los locos? Dalia me abrazó. Hermanita, me dijo. Yo temblaba, tenía la presión muy baja, amanecía cuando salimos del servicio de urgencia. No fui al colegio. El doctor Artigas me vió y me dió unos antidepresivos que durante unos días casi sentí que mejoraba, casi. Unos días sí, unos días no. Empezó la montaña rusa del ánimo, la loquería. El doctor Artigas hablaba más con mis padres que conmigo. Nunca llamó a mi verdadero papá. Yo le pregunté por qué no llamó él. ¿Por qué no me hospitalizaron entonces? No habría habido electroshocks ni curas de sueños, a lo mejor unos tres días del lento goteo de limpieza de mis venas. Sáquenme la muerte por dentro bailando los deshollinadores en las chimeneas de mi cabeza y dejar de sentir esas ganas de dejar de sentir, es decir la muerte. Atrapada en el juego de espejos del vacío donde saltaba para huir del vacío. ¿Cuántas veces tuve esa pesadilla? Caer y caer y caer y caer. Te voy a enviar donde un colega y una psicóloga, me dijo el psiquiatra de Gonzalo. El doctor Simone me escuchó y se frotó la frente preocupado. Yo quiero mucho al doctor Simone. Es el primero que me pidió perdón cuando estaba volviendo de la muerte que no tuve. Él me

dijo que se había equivocado, que debió tratarme con mucho más energía. Que usó bajas dosis, que debió haber llamado a mi padre. No sé si se lo habrá dicho a mi madre. No le tiene miedo el doctor Simone. Los juntó a todos en una salita del Hospital cuando yo estaba en la unidad de cuidados intensivos. Yo en esos días quería morir, lloraba cuando estaba sola. Me había salido mal. Yo ya no quería llamar la atención. Ni matar a Dalia ni a Iván ni a nadie. Déjenme llorar, por favor, no me digan que ponga de mi parte, que soy tan joven, que es el colmo que me sienta así, que tengo todo para ser feliz, que hay gente con peores problemas, que me falta voluntad, que mire otros ejemplos, que me imagine que es peor que te falte una pierna. Me matan con sus gestos de apoyo. Me echan sal en mis heridas. Esto es estar mutilada de la vida misma. No quiero ganar la carrera del sufrimiento. No quiero compasión. O quiero compasión, como me dice Anastasia o Simone, uno de los dos me lo dijo, pero de la buena, de la dulce. Esto es una enfermedad del cuerpo. En el cuerpo duerme el alma. Y si duele el alma es el cuerpo el que duele. Abrazando mi cuerpo abrazan mi alma. No hay más. Las palabras son abrazos enloquecidos. Los poemas son manotazos de ahogados. Yo necesito seguir leyendo y dibujando. A mi padre sé que le pasa lo mismo. Por eso lo quiero. No estuvo conmigo tanto

tiempo. Pero estaba dentro mío, en mis células ha estado y sigue estando, de él heredé este mal. Este mal puedo cambiarlo en arte, en oraciones, en fe de fuego si consigo trastocar la fe trozada, de hielo picado, de aserrín mojado, con que fui dotada. Lo quiero y lo quiero mucho. Lloró junto a mi cama. Ya lo dije. No quiero olvidarlo nunca. Me dijo: me muero si te mueres. Luego hizo un chiste malo: ahora por lo menos hay alguien que me entiende en la familia. Y nos abrazamos. Lo anoto para no olvidarlo. Todos los días mi padre me lleva al jardín de la clínica y nos abrazamos mucho rato. Como una padre con su hija. No es el amor de Iván, es otro amor que me faltaba. Mucho, lo necesitaba de adentro. Mi padre medio loco, despeinado, con la ropa hedionda a tabaco. Mi padre que ví tantas veces pasado de alcohol. Mi padre mal hecho, tartamudo, lleno de ese genio que le veo en sus cuadros. Mi padre que quiero tanto, pobre padre mío.

DIECISEIS y DIECISIETE

Quiero dejar de sentirme culpable si quiero a mi padre frente a mamá. Quiero dejar de sentirme mal con papá si quiero a mi madre. Me ha destruído sentirme siempre mala. La hija mala de mamá era la hija buena de papá. Nunca más, no, nunca. Quiero el cariño de Dalia. Hoy me vino a ver y me contó que el próximo fin de semana salgo, que si quiero ella me ayuda en cualquier cosa, que si quiero llama a algunas amigas. ¿Quieres ver a Irina? Está en Grecia con sus papás. Dalia está vestida de uniforme en mi recuerdo. Escribo en la noche cuando se van las visitas. Estoy cansada. Me cuesta concentrarme al escribir. Me dice el doctor que debo contar lo pasado solamente a mis mejores amigas. Me dice que es triste pero también es verdad que no todo el mundo entiende que esto es una enfermedad del cuerpo. Hay gente que supo que me enfermé y les contaron que era un tifus,

algo así, que se complicó. Ninguna sabe que estoy en una clínica psiquiátrica. El doctor me dice que es bueno que escriba. Yo le digo que por suerte lo hago. Le pregunté si le podía leer lo que había hecho. Mi cuaderno lleno de dibujos, de recortes de diarios, de flores, de hojas. Canciones y versos robados. “Todo sobre Mayra”, le puse. Le leí unas páginas y me dijo que escribía bonito. No quiero escribir bonito, quiero vivir tranquila, le dije. Ya no quiero tener alas, quiero solamente caminar primero. Después veré. No me pregunten si prepararé el ingreso a la universidad. ¿Estudiar? Eso queda tan lejos. Mi madre ya no me persigue dándome instrucciones cada vez que viene. Antes me decía que no debía perder el año, que podía conseguirse las tareas con compañeras, que me podían poner un profesor particular. Llegó a preguntarle al doctor si podían venir a la clínica a estudiar conmigo. Mi madre es buena pero apura las cosas. Siempre las apura. Quería que mi papá nunca tuviese caídas, pérdidas de ánimo, las visitas de la muerte que ahora yo entiendo. Sí, yo tengo a alguien en la familia que me entiende. Mamá no. El doctor le explica cosas, le presta libros. Delante mío le dijo que tengo una depresión y que esto es de una vida, una manera de ser y algo que hay que cuidar. Yo sentí la molestia de mi madre pero no la odié. Otras veces me daban ganas de matarla, como

con Dalia. Y sus ojos eran los ojos más oscuros que he visto. Ya no. Con una cierta mansedumbre aprendida viene a verme y se saluda con mi padre que aparece en las horas más raras. No le dice nada, se saludan. Me duele verlos amables y siempre me dolerá. Que me perdone Gonzalo y su cariño. Yo quería a mis papás juntos y eso no lo puedo cambiar. Anastasia dice que hay cosas que no puedo renunciar, que me cuesta perder batallas y que eso me hace la vida muy dura. Tengo que aprender a perder para poder ganar. Mi orgullo será, mi tozudes, la porfía. En eso me parezco a mamá. Yo quiero a mi padre como se quiere a un ángel enorme y desgarrado. Lo quiero con su fragilidad, con su mal aliento, con sus dientes cariados. Lo quiero mal vestido, desaseado. Debe ser terrible ser su pareja. Es más fácil quererlo como hija pero si alguien escuchó de verdad mi mensaje fue él. El más sordo de todos, el más distante. Sumergido en la trementina y el aguarrás, pegado a sus lienzos claveteados en los muros donde tensa la tela para hundir el brochazo, con su cuadernillo y su lápiz de grafito en los bolsillos de su casaca. Me dibuja y lo dibujo. El lo hace mucho mejor y sus retratos los guardo en mi cuaderno más privado. Lo que no apareció en “Todo sobre Mayra”, mi lado B. Sonríó por primera vez en todo este tiempo. Una risa de verdad, que me viene de adentro. Puedo reirme con él.

Me dice que soy bonita a pesar de parecerme a él y eso me hace gracia. Mi padre siempre hará chistes malos. Cuando pueda me llevará a su taller. Me dice que lo sucedido lo ha puesto a pintar mucho. Me has hecho pintar más que nunca, dice. Hoy llegó con el pelo cortado y la cara limpia. Hasta se había bañado. Estaba contento de verme mejor. Estás mejor, me dijo. Yo le contesté que no sabía. Ya no quieres matarte, me dijo. Me tranquilizó que lo dijera. No, ya no quiero matarme, le dije. Yo también he querido matarme muchas veces, me dijo. No te mates, le pedí. No lo sabía. Me salió de adentro. Por favor, papá, te necesito mucho. Lloró un poco. Un poco, sólo un poco, una nube de lágrimas en sus ojos oscuros de árabe. Tal vez no haya querido nunca tanto a nadie como a ustedes, dijo. Mis hijas, las dos. Las echo tanto de menos a veces, en París una vez miré largamente el río, el metro de Madrid lo miré tantas veces, acá bebí toda la noche tantas veces. Era mi padre el que hablaba desde su dolor. Decidí ir al médico en serio, me dijo. No tomo más, dijo después, pero no me pidas que deje de fumar. Eso no puedo todavía. No quiero hacerme más mal. Le he contado todo, todo. Mis cortes, mi sangre, lo de Iván no, eso no se le cuenta a un padre, pero sabe cómo buscaba yo con qué enfermarme para no ir a clases, cómo le tenía pánico al colegio, como me encerraba en el baño en los recreos porque

no soportaba la mirada del resto. Me sentí gorda o fea o extraña. Nada me era suficiente. Las notas de Dalia o los coqueteos de los compañeros, nada me calmaba. Le ganaba a mi hermana y en lugar de alegrarme me angustiaba. Siempre, siempre. Despertaba, papá, y era como sentir el cuchillo sobre mis huesos arrancándome la piel. Y después los meses fríos, del alma helada, cuando me corté. ¿Sigues enamorada de Iván? No, le digo. No sé. Ese no era el problema. No me separaré nunca de ti, me dice. Y sé que son palabras de hombre, los hombres escriben sus juramentos en el agua, nunca sabré si creerlas. Te quiero mucho, papá, le digo. Se lo dije tan pocas veces. Temor a la molestia de mamá. Sentir que mamá no se lo decía. Los escuché reír tanto tantas veces. ¿Quién cambió? Yo, ella también, dice. A lo mejor la enfermedad que te regalé. Le cuento que una psiquiatra nos escribió un libro que se llama “Tocados por el fuego”. No sé si sería más feliz con una vida común y corriente, se ríe, a lo mejor sí. Traté de ser Picasso pintando de noche, muerto de frío, con la sangre empapada en whisky. Se puede pintar igual bien sin quebrarse tanto. Muchos mueren en el intento. Siempre me dió miedo tratarme con un psiquiatra, temía perder la inspiración. Ahora sólo me importa estar bien para que tú estés bien. Anoto todo lo que me dijo. Es el primer día después de tratar de matarme que

puedo decir que lo quiero a alguien y puedo sentir algo al decirlo. Y eso es casi ser feliz. Casi estar viva.

DIECIOCHO, VEINTE, MÁS QUIZÁ

Tengo miedo al día de mañana. Salgo de permiso. Hablaron mucho. El doctor Simone dejó fuera a Gonzalo e hizo entrar a papá y mamá y a Dalia. Estábamos los cuatro en el escritorio donde me ve en la clínica y un Sagrado Corazón de Jesús presidía el sitio más desangelado del mundo. El tiempo estaba nublado y yo podía saber que era el otoño que se imponía al sol con su carácter oscilante de siempre. Mientras Simone buscaba la ficha miraba a mi padre y a mi madre. Dalia me tomó la mano un ratito y sentí que era hermoso estar juntos. Mi enfermedad, claro, la traía en mi cerebro pero se abrió como un cofre oxidado cuando se rompió el frágil lazo de los cuatro. Cuando íbamos al sur o al mar donde dice mi padre que nació. Una vez pintó a mi madre saliendo del mar. A su estilo de manchones, un mamarracho: él decía que era mi madre saliendo desnuda del mar. Mamá lo tuvo en el dormitorio hasta que llegó Gonzalo. Yo oí llorar a mi madre debajo del retrato suyo de diosa emergiendo de las aguas. Eramos

los cuatro, no sabíamos que nuestras células dañadas, padre, nos hacían tan débiles. No bastaba el amor, nos rompió la torpeza de mi madre, los impulsos suicidas enlentecidos de mi padre, la confusión de mi hermana. Yo era la zona más tristemente débil. Yo iba a ser también la más sabia, como me dijo Anastasia. Tú sabías, Mayra, en el corazón, lo que pasaba. Esa vez me habló tanto, tanto. Anastasia me dijo que mi dolor era sabiduría, era mucho más conocimiento que todas las palabras de la tierra, que mi enfermedad más que una enfermedad era una iluminación, un saber del dolor, mi enfermedad era una antena que leía en el aire la separación de los cuatro elementos. Los cuatro. Mi madre la tierra, Dalia el agua, mi padre el aire y yo el fuego. Debíamos estar siempre juntos y estallamos. Alguien nos separó. Las cabriolas locas de mi padre. La terrestre testarudez de la Reina Isabel, nosotras, Dalia. May, me dijo ella, y mi doctor Simone anunció el permiso. Sales por un día y una noche con una vigilanta siempre a tu lado, donde vayas, con quién estés. No habrá ningún baño cerrable ni cuchillos ni remedios. Yo ya no quiero morirme, doctor, dije. Tú no, pero la locura sí. Está ahí y te va a doler salir. Se me apretó el corazón. El doctor Simone dijo que debía tener una de día y una de noche. Me da miedo dormir en mi casa, dije. Yo te cuidaré, dijo Dalia. Como un relámpago, sentí el recuerdo de sus

gritos contra mí. ¡No la aguanto, mamá! ¡Esta loca de mi hermana!. No importa, no importa. La cura de sueño, lo que me hayan hecho, no borra todo. Eso es bueno, dice Anastasia, insiste en que debo ir pudiéndome acordarme de todo. Poder pensarlo, dice, y junta las manos como si sostuviese una avicilla herida, es poder sostener con cuidado lo más frágil pero también lo más potente del alma. No es puro ponerle nombres ni hacer fórmulas en una pizarra. Pensar también es sufrir. Acordarse es sufrir. Vivir es sufrir. Hay que enseñarte a sufrir de nuevo, sin dañarte. Lo único que me importaba era estar los cuatro en la sala de reunión de la clínica. El doctor nos dijo que seguíamos siendo una familia, que nos acordáramos de eso, que yo estaba mucho mejor pero incubaba en mí este mal. No sé si lo dijo así, yo tenía los ojos llenos de lágrimas y es Dalia la que me dictó muchas de estas frases. Voy a ir a mi casa y dormiré ahí pero el día estaré en el estudio de mi padre con mi vigilanta. Me irá a buscar Dalia en un taxi o con Gonzalo. Siempre debían estar dos de mis tres familiares. Siempre. Es una prueba importante, dijo Simone. ¿Quieres ver a alguien en especial? Pensé en Iván y Dalia también lo pensó. No se guarden nada, por favor. Iván no, me sugirió Anastasia. Te llama a veces Verónica, dijo mi madre. Tuve que pensar para acordarme quién era. Y Ricardo, dijo Dalia, pero mi madre que

siempre será la Reina, la miró de malas. Las cosas nunca serán las que tú quieres, me dice Anastasia y me suena como a otra Emperatriz, otra reina de espadas. Irina solamente, dice Simone. Eso dijo. Dalia me trajo un teléfono celular y hablé con ella. ¿Sabe? Algo sabe, me dijo Dalia. Tengo miedo del día de mañana pero es otro miedo. Tengo miedo que retorne el peor miedo. La visita de la muerte. Nunca más, por favor. Para todos tiene la muerte una mirada, vendrá la muerte y tendrá tus ojos, será como dejar un vicio, como ver en el espejo surgir un rostro muerto, como escuchar un labio ya sellado. El poema es de Cesare Pavese. Lo encontré. El no pudo salvarse. Yo sí. Pero tengo miedo de esa mirada, sentirla en mi carne, sentirla en mi alma. Por eso la vigilanta. Vamos a salir juntas, me tararea la Mary que todo lo dice como cantando y me hace sonreír. Entiendo la alegría hoy como si fuera una palabra de otro idioma. Una sensación que aún no es firme. Me da terror volver a sentir el deseo del punzón, ese frío donde me envolvía para dejar de sentir. Ahora sé que si tomo las manos de alguien que me quiera, no necesitaré sangrar. Cada herida que me he hecho ha sido el deseo de estar viva, el deseo de ser hermana de sangre del mundo. Miro los limoneros como me los enseñó a mirar mi padre, descubriendo los muchos verdes y amarillos de sus hojas. La dificultad de retratar cada línea que se

cruza con otra, las curvas, las sombras. Yo no veía nada más que un bulto gris donde estaban todos los colores de la tierra. Yo estaba tan pobre, tan despojada. No quiero volver ahí, nunca más necesitar abrirme la piel o vomitar, mi otra manera de conectarme con la tierra, menstruar, las mujeres que somos carne abierta, somos una herida que camina. Frases robadas, somos un ser rajado, hemos sido hechas con un cuchillo, nos duele el amor más que a los hombres, nos duele más la furia, nos queremos morir y resucitar más que ellos. Dios, perdóname tantas veces que dejé de creer en todo. Dios, no me dejes volver a caer en esas fosas donde apenas podía oír mi respiración acezante y mordía las sábanas, la almohada, mordía mi pijama, me aguantaba las ganas de entrar en el punzón o en tocarme. Quedaba como loca, triste, deshecha, el orgasmo me llevaba arriba y luego me dejaba más muerta, más vacía. Era un golpe de sol para luego caer en picada, enceguecida. Tengo miedo de mañana salir de la clínica con mi ala rota, pájaro herido, alguna vez recogimos un cernícalo con mi hermana. Toda su fiereza empequeñecida, le dábamos de comer carne cruda y hacía un gesto de guerrero avergonzado, con su ala rota. Cuando se mejoró no se despidió ni nada. Orgullosa voló y entramos a la casa sintiendo que nos hubiera gustado despedirnos más, volver a vernos. Anastasia dice que no he

podido aprender a despedirme porque he tenido muy brutales despedidas. Mi padre, mi primer amor, dice ella. Su manera de morir me duele. Moría en vida. En sus pinturas se moría. El quería salvar a otros de la muerte como yo quiero salvarme a mí con mis escritos. Tengo miedo de mañana porque no estará la clínica para cuidarme. Miedo que me digan las frases horribles: es la juventud, no te compliques con cosas tan simples, cuando yo era como tú me pasaba igual, tienes que ser más adulta. No quiero oír soluciones, quiero sentir la misma quietud de ahora, necesito la calidez que me daba mi sangre de amor no correspondido. La que no me daba, nunca me dió nada, ni vomitar, ni verme cada vez más flaca. Tengo miedo que me hablen de comida, que empiecen a levantarme el ánimo con frases tontas. No quiero sentirme exigida ni apurada ni abrumada. Casi pido una pastilla para dormir. Me alivia poder irme durmiendo de a poco. En el día tomo unos medicamentos con nombres de heroínas finlandesas. Olanzapina, Venlafaxina. Me juraron que no engordan. Ojalá. Pero cuando siento el descanso de mi pecho, el amainar del viento en mi cabeza, ya estoy agradecida. Cuando el miedo pasa y me puedo dormir tranquila. ¿Cuánto tiempo que no dormía tranquila? Aunque tengo miedo es otro miedo. El miedo bueno, el que no daña, el que avisa.

MAS DE VEINTE, DESPUES

No quería volver a la clínica. Quería y no quería. Fue bonito, fue triste. Era raro andar en la calle después de todo ese mes, fue un mes, encerrada. Perdí la cuenta, la perdí. De eso al parecer se trataba. Perdí la cuenta de emociones que no eran mías. Sucedian en mí pero no eran de mi corazón. Venían de mi carne, enturbiaban mi alma. Sucedian en mi cuerpo pero no llevaban mi nombre. Eso me asusta. ¿Quién soy? ¿La suicida o la que caminó estos días lento por la calle?. No escribí nada en la casa. Lloré cuando acaricié a mi gata que vino a verme como si nada hubiera pasado. Tantas veces que quise ser gato y no la residencia de este monstruoso dolor de horrible insecto con que amanecía cada mañana tanto tiempo. La casa me parecía rara. Mi madre estaba tensa y la mano de Gonzalo la ayudaba. Me llevaron a un restaurante italiano, sin grandes celebraciones, hablando todo lo que debía hablarse. Por supuesto mi madre titubeó y empezó casi a discutir que quizá resultase muy cansador. Mi padre decidió lo del restaurante y dijo que iba conmigo, Dalia y la Mary. En la tarde hablaría con ellos en casa. Nada de fiestas. Me daba miedo llegar a mi calle. El restaurante era pequeño. A uno no le gusta ver mucha gente cuando está así,

decía mi padre. Prefiero un sitio lleno de desconocidos, me fugo a locales diminutos, donde conozca apenas a la gente. Es terrible la posibilidad de cruzarse con un conocido ¿no es verdad? Me habla desde su historia, sus depresiones, sus arrebatos. Una vez lancé al Sena veinte cuadros. Me tomaron preso por ensuciar el río, me devolvieron mis cuadros mojados, me multaron. Cuando los ví en el muro del taller, chorreados, marcados por el agua, los encontré hermosos. Quizás era como matarse un poco. Si uno a veces pudiera matar dentro de uno ciertas cosas para poder renacer. En una semana vendí cinco de los cuadros arrojados al río. Deben ser de mis mejores cosas, las pintó el agua sucia, las pintó mi muerte. No estamos solos, dijo mi padre, y comenzó a sentar a la mesa a poetas que tanto nos gustan, llamó a Rilke, a Celan, a John Donne, a Pablo de Rokha, a Ana Ajmátova, Juan Gelman, Marina Tsvietaieva, Kavafis, Seferis, Benedetti. Todos sintieron el suicidio en sus miembros. Escribieron hasta que no hubo poema que los pudiera sacar a flote. Demos gracias a la existencia de estas bellas píldoras, dijo, levantando la copa como un cáliz, y brindamos con agua tónica. Tenemos que cuidarnos, le dijo a Dalia, tu padre y tu hermana no son de fiar, estamos mal de la cabeza. Tomamos casi los mismos medicamentos, la última fila de pertrechos con que barrer en ella dos años y

en mí treinta, dijo. No sé qué hubiese sido de mí sin ustedes y quizá con estas ninfas. Por la olanzapina, levantaba el vaso. Mientras comíamos me hizo reír muchas veces. Contaba de su psiquiatra que tiene terror que él se acelere, que salga de la depresión para convertirse en un torbellino. Me cuenta que le indicaron carbonato de litio y le miden la sangre y se desmaya con los pinchazos. Hace chistes con mi punzón y yo le agradezco los chistes. Mi madre lo regañaría. Cómo se te ocurre, eres un loco, siempre fuiste un loco, tú y tus alumnas, tú y tus momentos oscuros. Hablarle de eso a las niñas. Nos dice “las niñas”, esa es mamá. Siempre me dará miedo el terror de mi madre al sufrimiento. Eso la hizo volverse cuerda. Eso los hizo separarse a los dos. Mi padre es un poco loco, eso es verdad, pero es hermoso. Comimos a lo grande. No tuve ganas de vomitar, nadie me preguntó si quería más, nadie me dijo nada de si engordaba sería más linda. La Mary estaba contenta, contó de muchos casos que ha visto como el mío. Era raro verla con mi padre. Una familia postiza, la prótesis que yo necesitaba para mi mesa coja del espíritu. Caminamos cerca del restaurante por un parque pequeño. Mi padre tomó mi mano como la de una novia y se alejó un poco de Dalia y la Mary. Nadie me tiene confianza, yo he conseguido que nadie me tenga confianza. He vivido rabioso matándome

como tú pero de a poco, me dijo. La próxima semana abro una muestra de mi última pintura, quiero que vayamos al taller. El auto de mi padre es terrible de viejo y ruidoso. En otros tiempos lo habría encontrado de fea pinta, hasta me daba vergüenza andar con él. Hoy siento el orgullo de lo sencillo. Bajamos al centro de la ciudad, cerca de la calle Santa Isabel. Le pregunté si lo había escogido por mi madre y se rió. Se rió mucho. Tengo que hablarlo con mi loquero, dijo. No iba hace tanto tiempo. Subimos la escalera alta, altísima y delgada, hasta su iluminado altillo y casi se me salió el corazón del pecho. Eran retratos míos intervenidos con brochazos. Estábamos yo y Dalia en todos los cuadros. No de manera figurativa, a veces era un juguete o un zapato, un recuerdo pequeño en un cuadro enorme donde siempre en el centro estaba un hombre con la cabeza envuelta en un trapo de manchas. No había sangre. El ciclo era hasta divertido. Un pequeño animal, una mascota, un canario en su jaula, la jaula que se ha vuelto pájaro. Versos robados escritos en algunas partes de la tela. ¿Quién me oiría, si gritara, desde las altas esferas de los ángeles? Veinte cuadros que llamaba “mi familia”. El abuelo, la abuela, unos tíos, sus hermanos. Nos presentó la reunión familiar de las cabezas revueltas. Los retratos de los mismos artistas que había invitado imaginariamente a la mesa. Dalia al

comienzo empezó con los modales de mi madre, como si la locura fuera contagiosa. No, después, no, pero papá. Hasta que terminamos riéndonos abrazadas mirando el retrato familiar completo donde estaba hasta mi gata. Después, muy contentos, muy abrazados, nos fuimos caminando al auto. La Mary me tomó la mano sin decirme nada. Yo no quería separarme de mi padre. Nos llevó a la casa y sentí otra vez miedo pero menos. Como si ahora tuviese una familia imaginaria que mi padre había pintado especialmente para mí. Una familia manchada, hecha con jirones de memoria, con pedacitos de todo. Mía, más mía que la real. Para eso es el arte, me diría mi padre, para estar con nuestros dioses pequeños de cada día, para no estar nunca más solos. El mundo sin arte es el abismo. La gente no se da cuenta pero vaga buscando algo que nosotros podemos hacer porque sentimos enseguida el dolor del mundo. Así habla mi padre. Ahora dice “nosotros” y sé que estoy yo y también Dalia. Le habla a ella como a alguien distinto pero no ajeno. Y siempre termina diciendo las veces que echó de menos a la mamá y como se siente cuando el amor se acaba, es lo más triste de la vida, ojalá no nos pase. Está saliendo con una galerista separada. No intenta presionarnos ni nada. Expondrá en unas semanas más. En el catálogo, me muestra las pruebas de imprenta, dice la dedicatoria “a

las hijas de mi sangre”. Dalia se emociona y disimula sus sentimientos al peor estilo de la Reina Isabel. La suerte de ella que no se le revientan los genes depresivos y se le enturbia la sangre y el cerebro en ese cortocircuito sordo, agotador, de todos estos años. Volvimos a casa y estaba Irina que me abrazó muy largo, llorando en mi hombro. ¿Sabes todo? Ella movió la cabeza afirmativamente y yo me acordé de Anastasia y le conté hasta los detalles. Todo pero todo. Se lo conté a Gonzalo, a mi madre, otra vez a Dalia. Recorrí el baño, la cama, el cielo raso de mi cuarto que no me daba más que tenebrosos recuerdos. Pude sentirlos neutros, dolorosos pero míos. Era como salir de una pesadilla sintiendo las cosas para volver a ser la posibilidad de meros instrumentos de una vida cotidiana. La taza del water era como una soga en el cuello. Me recordé inclinada vomitando o apoyada en el frío de la loza para pincharme. La droga sin droga. Los vicios, siempre muertes lentas. Cuando conté todo de nuevo, mi madre me abrazó muy fuerte. Muchas cosas que nunca podrá hacer se las perdoné todas. No puedo pedirle a mi madre que sea perfecta. Ella no me lo puede pedir a mí tampoco. Es peor, ella debe dejar de querer ser doña Perfecta. Algún día, sueño, podremos ver el sol en Papudo, en unas vacaciones familiares de personas grandes, y contarle lo que pienso de ella. Podrá oirme, no nos

tendremos miedo, no saltará sobre mí para cambiarme y yo podré sentir que hay cosas mías que le cargan sin sentirme hecha pedazos por dentro. Me sentí cansada con las pastillas y me hicieron la cama junto a la de Dalia. Olga estaría en vela toda la noche en el pasillo. Pobre Olga, pensé. Le colocaron un televisor y un audífono. Una idea de Gonzalo. Yo le habría pasado algunos de mis cuadernos de poemas copiados de tantos libros. No, no quiero aturdirme más. Cuando amaneció en mi casa se me movió todo. Reconocer lo que fue terrible ahora como amable. Se había ido la bruma. Irina también volvió temprano, al desayuno, y conversamos mientras escuchamos el último disco de Tom Waits, regalo de Irina y ella me dijo que me quería mucho, que yo era muy importante. Muchas te quieren venir a ver. ¿Qué saben?, dije. Se enredó entera. Si no lo saben se lo imaginan. Mis brazos llenos de cortes. Todo el mundo lo sabe y todos deberían saberlo. No, no quiero fingir nunca más. Si algo me enfermó es la mentira. El daño de estar ocultando todo. Me contó que Sebastián preguntaba siempre. Yo casi no me he acordado de él. Ibamos a almorzar cuando sonó el timbre y el corazón de dio otro vuelco. Era Verónica y su hermano Ricardo. Más lindos que nunca. Con ella la confianza fue total. Las dos locas sueltas. Ella estaba tan contenta de verme. Ricardo me abrazó muy

fuerte y sentí un escalofrío. Un auténtico vértigo al darme cuenta que seguía siendo una mujer que necesitaba un hombre, con los besos, con los abrazos de siempre. Pero en mi corazón, en el corazón de esa mujer, todavía estaba Iván.

VEINTE y TANTOS

Ultimo día en la clínica. He escrito poco por el sueño y también porque ha habido muchas visitas. Ha venido Irina todos los días y viene además Anastasia a nuestras sesiones y puedo llorar, hablar de mi madre y de mi padre. Viene papá y veo en mi cuaderno los dibujos que me hace. Cada día haré un dibujo de tus ojos. Será cada vez más vivo, más mi hija, más tú. Yo soy más yo en cada dibujo. No hablamos tanto. Me abrazo dentro de él mientras me cuenta qué remedios está tomando, los temblores que le da el carbonato de litio y el temor que eso estropee sus dibujos. Lo ví temblando con el grafito, se angustió. No importa, me dijo, me lo advirtieron, al comienzo es así, después se pasa. Se queda quieto y se le va pasando y puede dibujar. No hace chistes tontos. He vivido tan perdido. ¿Dónde estuve cuando estuve casado? ¿En qué casa? Viví tan lejos de mi esposa. ¿Dónde estaba? Yo lo entiendo. Cuando estás en esto no estás en el mundo. Crees que estás en el mundo pero te has despertado convertida en un enorme y repugnante insecto. No puedes mover tu cuerpo sin sentir la incomodidad de todos mirándote como a un espécimen raro, de colección. No me gusta nombrar mi enfermedad. Sé que sencillamente es algo que entra a mi mente, a mi corazón, y destroza la capacidad de sentirme alegre o entusiasmada o sencillamente contenta. Todos los días que viene Simone me

vuelve a explicar qué es emoción y qué es enfermedad. De todas esas emociones tengo a veces que reescribir algo. Estos días, ya llevo casi una semana desde el permiso a prueba, me he sentido mejor. Estable. He despertado sin los buitres sobre mi cabeza. Hasta me he descubierto saltando con ánimo para entrar al taller de terapia. Como Verónica me peleó por la máquina de coser. Me da pena ver como llegan algunas. No tengo fuerzas para hacer lo que hizo Verónica por mí, hablarme, contarme que estaría conmigo. Me ha enviado mensajes con mi hermana. Que me espera. Ricardo no ha aparecido y de Iván tampoco supe hasta hoy. Quizá por eso he necesitado volver a escribir. Eso y el anuncio de mi regreso a casa. Mañana. Iván quiere que nos veamos. Me lo ha dicho Irina. Incluso le pidió permiso al doctor para decírmelo. Simone me dijo que mi vida amorosa no era una enfermedad, que el amor también cura y que debía seguir adelante con las cosas de mi corazón. ¿Iván sabe? Le pregunté. No tengo fuerzas para contarle nada. Sé que perderlo me hizo caer al peor momento de mi vida. Tengo mucho miedo de volver a hablar con él. Tengo miedo de volver a disimular. Me he pasado la tarde imaginándome que le digo o cómo se lo digo. El doctor Simone dice que debo tener una vigilanta por dos semanas, que no voy todavía al colegio, que si hablo con Iván será con la vigilanta

cerca. También tiene miedo. Sé lo que sientes, dice, y tengo la sensación que él a lo mejor no solamente lo sabe por los libros. Lo sabe de la vida. No le pregunto nada. Anastasia tampoco me contesta mucho. Le pregunté que pensaba de mi terror a Iván. Me devolvió la pregunta: ¿Qué crees tú? Debo hablarle. No dar un solo paso atrás, dijo Anastasia. Nada de lo viejo. Salgo de aquí nueva o no he salido. Ya me quitarán la vigilancia y podré moverme como si fuera una sencilla alumna del último curso. Pregunté sobre mis estudios a mi madre. Estaba preparada. “es lo menos importante”, me dijo. Yo pensé cuanto se debe haber tardado en asumir esa exigencia que tiene. Dalia se está preparando para las pruebas de ingreso a la Universidad. “Si entro yo primero, te explico todo después”, me dijo. No la sentí burlándose de mí. Lo sentí com-pasivo. Conmigo compartiendo el dolor de estar fuera de carrera. Con mi corazón quebradizo recién reparado. Mañana salgo. Tal vez en un par de días más, el domingo por la tarde, hable con Iván. El pidió la conversación. Me hizo llorar eso al acordarme mientras hablaba con Anastasia, nuestra última sesión en la clínica. Me da miedo el mundo, me da un poco de miedo. Alguna vez iba al centro, a las tiendas de ropa usada, con Irina y alguna otra amiga, la Carla, Susana, nos probábamos de todo y nos daba lo mismo la mirada de los hombres o la noche abierta. No teníamos

ese miedo metido debajo de la piel, ese dolor de vivir. Yo era ingenua, hasta tonta pude ser en las cosas que hice, mis decisiones, mi amor loco por Miguel, las tonterías en las fiestas. Lo que buscaba en Dios estaba errado. No era cosa de más rezar, estaba enferma, destruída mi capacidad espiritual desde su misma médula. Ahora sí podía pensar, distinguir el pecado auténtico de la sensación injusta de ser una pecadora perdida. Los días negros de los días grises. Me da miedo salir. No sé si estoy totalmente curada. Me insisten en que debo ser muy cuidadosa en este primer año. Nada de alcohol ni en broma, cuidar el sueño, trabajar lo justo. Ya veríamos si daba o no daba los exámenes. “No es lo más importante”, dice la Reina Isabel y se le nota que alguna vez “fue” lo más importante. Ahora no lo es y eso es bueno. Me pone nerviosa quedarme fuera del curso. Empiezo a preguntarme qué hago, con quién estudio. Simone se sonríe y me dice que pare la maquineta esa que me puso la depresión en la cabeza, dar vuelta todas las cosas haciendo imposible la esperanza, siempre incierta, el acto de fe del día siguiente. Ya veremos, con confianza. Voy a hablar con Iván. Me voy de la casa de las locas y los limones.

MUCHO DESPUES

No, no volvimos con Iván. Quería verme, estaba confundido.

Me bastó verlo y saber que algo estaba roto para siempre, que no quería

estar con nadie confundido. Miento, me confundió también. Hasta nos dimos unos besos. Luego me dolió el pecho y le dije que tenía que ser de a poco. Fue raro, enredado y tonto. No, le dije después, no sigamos juntos. Por favor no me llames. Tomé aliento y le dije más cosas: si eres bien hombre no llames tampoco a mi hermana. Dalia misma me lo dijo: nunca me perdonarás lo de Iván. Las hermanas nos hacemos esas cosas, le dije. No sé si estoy resentida. Si es por eso siempre lo he estado. Ahora me cansa preocuparme de competir con ella. Haremos las pruebas para la universidad. Ella será la mejor y yo veré qué hago. Me duele el alma pero quisiera estudiar más de la mente o quizá arte o quizá literatura. Leo siempre y al releer los poetas que no pudieron dejar de levantar la mano sobre sí mismos, me duele por ellos, los entiendo más. Salgo con mi padre cada vez que puedo y lo miro pintar. Ahora escribo menos porque pinto con él. Me deja lienzos, acrílicos, me enseña la técnica del óleo. Es muy distinto lo mío, menos feroz, más amable. Estoy menos mal herida que él. Mi madre me habla bastante. Al comienzo celosa de mi padre, ahora mejor, incluso me lleva a la calle Santa Isabel y yo le muestro el letrero y una vez hasta sonrió. Entendió el chiste o el poema que es la vida. Hasta la muerte es un poema. Una vez a la semana voy a un taller literario donde una escritora que me

encanta. Se llama Laura y no fuma ni deja fumar durante las clases. Poco a poco vamos corrigiendo cuentos y poemas. Ahí conocí a Enrique, es un poco mayor que yo y estudia Derecho pero me da lo mismo todos sus antecedentes. He salido con él, películas, conversaciones. Salimos con Irina que parece que se gustan con Ricardo, el hermano de Verónica. Ella también está preparándose para la universidad y quiere estudiar arquitectura o diseño. Tiene un computador donde hace fotos y copia pinturas que recorta y pega. Como yo con mis poemas, no sabe de quién son. Son míos ahora, me dice. Como mis versos. Me quedan muy pocas páginas de este cuaderno. Me alcanza para un poema de Juan Gelman que me leyó mi padre tras repetirme una vez más que sigamos tomando los remedios, que hay que cuidarse, que el talento no se pierde y que la locura es más enemiga de la inspiración que buena compañera. Yo no escribí ese libro en todo caso, dice Gelman, me golpeaban, me sufrían, me sacaban palabras, yo no escribí ese libro, entiéndanlo. Hay que dormirme el corazón, el dulce no da más, bestias de amor que me lo comen, yo nunca escribí libros. Eso es todo. No sé si soy feliz pero creo que puedo serlo. Y eso es lo mejor que me ha pasado. Y se me acabó el cuaderno.

